

LA MORAL Y LA ÉTICA COMUNISTA

Textos de reflexión y estudio



PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ
patria roja

Edición: Comisión Nacional de Comunicaciones del Partido
Comunista del Perú - Patria Roja

Noviembre 2023

- 5** PRESENTACIÓN
- 9** LA MORAL Y LA ÉTICA EN EL DICCIONARIO DE FILOSOFÍA SOVIÉTICO
- 25** ÉTICA Y SOCIALISMO
José Carlos Mariátegui
- 37** SENTIDO HEROICO Y CREADOR DEL SOCIALISMO
José Carlos Mariátegui
- 45** SOBRE LA MORAL REVOLUCIONARIA
Ho Chi Minh
- 63** CUÁLES SON LOS FUNDAMENTOS DE LA MORAL COMUNISTA
Adrián J. Bertol
- 77** ASPECTOS ÉTICOS EN EL MANIFESTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE MARX Y ENGELS
Jaime Caycedo
- 95** LA MORAL REVOLUCIONARIA, UNA FUERZA EN MANOS DE LOS OPRIMIDO
Luis Adaniya Takaesu

PRESENTACIÓN A ESTA EDICIÓN

El tema de la moral y la ética para los comunistas adquiere en estos tiempos una vital importancia. No son pocos los filósofos y pensadores clásicos – pasando por personales como Nicolás Maquiavelo o Carl Schmitt– los que sostienen que la política es el terreno de la lucha por el poder y no tiene que ver con la moral, que este tema debe quedar relegado al campo de los valores personales y de una sociedad concreta.

Sin embargo, para los revolucionarios y los comunistas no se puede pensar la acción revolucionaria, la acción transformadora, sin tener en cuenta precisamente los nuevos valores y la ética que debemos imprimir a cada una de nuestras acciones.

Hemos visto en la historia como algunos de los principales experiencias y procesos políticos – tales como la Revolución Rusa, la construcción del Estado soviético o los de Europa del Este– que se inspiraron en el marxismo-leninismo se fueron degradando y debieron su colapso en buena medida a serios procesos de burocratización, a un descuido de los valores revolucionarios y a la penetración de valores burgueses como el utilitarismo, el individualismo y el ventajismo. En estos procesos se incubó

la corrupción, la ineficiencia, la falta de motivación y hasta el entreguismo. Muchos de los que fueron artífices de la caída de la Unión Soviética y los países socialistas fueron cuadros que salieron de las propias filas de los partidos comunistas y obreros, que traicionaron así sus ideales y fueron serviles a sus intereses personales, de grupo a los intereses de las potencias imperialistas occidentales.

Asimismo, hemos visto en la historia política peruana como los principales partidos políticos de la burguesía y las clases dominantes han terminado enlodados en serios casos de inmoralidad y corrupción. Ese ha sido el devenir de fuerzas reformistas como el Partido Aprista, Acción Popular o el PPC, partidos que han visto a sus principales líderes en escándalos de corrupción y vínculos a intereses empresariales y mafiosos. Lo mismo se puede afirmar de las agrupaciones políticas formadas en los últimos tiempos, que son reales maquinarias electorales y mafiosas que solo buscan llegar a los cargos públicos para medrar del dinero y hacer cabildeo de interés privados.

En el caso de la izquierda, que por muchos años había sido abanderada de la moralización de la política, no ha estado exenta de cuestionamientos y casos de corrupción. Lo hemos visto en casos como experiencias regionales y municipios que gobernaron representantes de la Izquierda Unida en los años 80 y 90. También en el siglo XXI con los casos de gestiones como las de Susana Villarán en Lima, de Gregorio Santos en Cajamarca o Vladimir Cerrón en Junín.

Lamentablemente las filas de la clase trabajadora y del movimiento popular también se presentan casos de falta de moralidad y de corrupción. En las filas del Partido no han faltado malos elementos que han usado cargos partidarios o responsabilidades de masa para sus fines personales o subalternos. Es por ello que, ante la presencia

entre nuestras filas de los valores de la sociedad burguesa, así como de taras propias de las concepciones y antivalores decadentes de la sociedad capitalista, es necesario reflexionar y asumir cual debe ser nuestra moralidad, la ética y los valores que deben caracterizar al militante comunista del siglo XXI.

Es por eso que hemos realizado esta selección de conceptos fundamentales, artículos y reflexiones en torno a lo que significan la moral y la ética, así como reflexiones de líderes revolucionarios y autores que reflexionan sobre la relación de la moral con el pensamiento marxista y con la práctica revolucionaria.

Para los comunistas, el tema de la moral y la ética pasa por superar una perspectiva idealista, para partir de una perspectiva materialista dialéctica, que se funde plenamente en las condiciones concretas de la vida de la gente, y sobre todo desde una perspectiva de clase. Los comunistas nos debemos a la lucha y liberación de la clase trabajadora y el pueblo, por lo tanto, todo aquello que vaya en contra de esa concepción y de la lucha por el socialismo, debe ser combatido y desterrado de nuestras concepciones y práctica concreta.

Esperamos que estos materiales sean un elemento motivador para abrir el debate y la reflexión autocrítica y crítica sobre este tema vital para nuestra reafirmación ideológica y sobre todo, para nuestra práctica cotidiana como organización política revolucionaria que aspira a gobernar los destinos de nuestro pueblo y construir el socialismo.

Comisión Nacional de Comunicaciones

Lima, noviembre de 2023



LA MORAL Y LA ÉTICA EN EL DICCIONARIO DE FILOSOFÍA SOVIÉTICO

Mark Moisevich Rosental y Pavel Fedorovich Ludin
Traducido del ruso por Augusto Vidal Roget
Diccionario filosófico



Moral comunista ¹

Conjunto de principios y normas de conducta del hombre que participa en la edificación de la sociedad comunista. El criterio objetivo de dicha moral estriba en la lucha por la victoria de la sociedad comunista. Sus principios fundamentales se hallan formulados en el programa del P.C.U.S.: fidelidad a la causa del comunismo, multiplicación de las riquezas sociales por medio del trabajo, elevada conciencia del deber social, colectivismo, humanismo, internacionalismo, intransigencia frente a quienes infringen las normas de la moralidad comunista y otros. (Código moral del constructor del comunismo.) La moral comunista tiene su base histórica y teórica en la concepción del mundo y en la moral de la clase obrera, que ha hecho suyas, también, las sencillas y elevadas normas morales de las clases avanzadas del pasado. Por otra parte, la clase obrera ha elaborado asimismo normas éticas propias, como la solidaridad de clase, el internacionalismo y el colectivismo, el afán de liberar al pueblo trabajador. A través de la clase obrera, la moral comunista hereda las normas progresivas de la moral humana. De esta suerte, la moral comunista constituye el grado más alto del programa moral de la humanidad. Las normas de la moral comunista no se circunscriben al marco de la conducta de los individuos: son factores

¹ Diccionario filosófico · 1965:325

eficientes de la transformación social, de la educación y reeducación del hombre. En este sentido, sus normas, a través de la conducta de los individuos, influyen sobre la formación de las instituciones sociales comunistas, sobre el decurso todo del progreso social. La difusión general de las normas de moral comunista irá haciendo superfluos, gradualmente, muchos eslabones de la regulación legislativa y administrativa de las relaciones entre el individuo y la sociedad. La conducta del hombre regida por el imperativo consciente del deber social, excluye toda forma de coerción exterior y conduce a la afirmación de la auténtica libertad del individuo. La sustitución del código de leyes y normas de tipo administrativo por las normas de la moral comunista, constituirá una revolución en la historia de la moralidad. Llevará asimismo a abolir el principio de coerción. Actualmente, las normas de la moral comunista chocan, al afirmarse, con normas morales no comunistas en dos planos: en el interior de la sociedad socialista, donde las viejas normas periclitadas existen como supervivencias del pasado, como resultado de la inobservancia de las leyes vigentes en la sociedad, por la infracción de dichas leyes, que da origen a actos inmorales y a delitos; fuera de la sociedad socialista, la moral comunista se opone a la moral de la sociedad burguesa. En esta lucha compleja y creadora, la moral comunista se forma como futura moral de toda la humanidad (Moral, Ética).

Moral comunista ²

Conjunto de principios vitales y normas morales cuya base la constituyen los ideales de la sociedad comunista. El criterio objetivo de la moral comunista consiste, por eso, en

² Diccionario de filosofía · 1984:299

todo aquello que contribuye al afianzamiento de la sociedad comunista y a la realización del ideal comunista. Los principios de la moral comunista constituyen el código moral del constructor del comunismo. Los más importantes de ellos son la fidelidad a la causa del comunismo, la multiplicación de las riquezas sociales con el trabajo, la conciencia del deber social, el colectivismo, el humanismo y el internacionalismo. La primera forma histórica de moral comunista fue la moral revolucionaria de la clase obrera y se formó ya en el marco de la sociedad capitalista. La moral proletaria, aunque estaba subordinada por completo a la lucha de clase del proletariado y se opuso a la moral dominante de los explotadores, absorbió las principales normas morales de toda la humanidad, formuladas por las masas populares en el curso de milenios de la lucha contra la opresión social y los vicios morales. Al mismo tiempo, la clase obrera promovió sus propias normas morales, tales como solidaridad de clase, el internacionalismo y el colectivismo. Al triunfar el socialismo, la moral comunista se convierte, de moral de clase del proletariado, en ley moral de la sociedad en su conjunto; sus principios se enriquecen con un contenido nuevo y se extienden a todas las esferas de la vida social. Así pues, la moral comunista constituye la etapa superior del progreso moral de la humanidad. Las normas de la moral comunista no se circunscriben al marco de la conducta de los hombres: son factores eficaces de transformación de la sociedad que influyen en la constitución de los institutos sociales comunistas y en toda la marcha del desarrollo social. La difusión en todas partes de las normas de la moral comunista y la conducta del hombre en consonancia con el deber social hecho conciencia harán gradualmente superfluas muchos eslabones de la regulación legislativa y administrativa de las relaciones entre el individuo y la sociedad y conducirán

al afianzamiento de la libertad plena del individuo. La sustitución natural del código de leyes y de las formas de administración por las normas de la moral comunista será una revolución en la historia de la moralidad. Actualmente, en el proceso de su expansión y afianzamiento, las normas de la moral comunista chocan con las normas morales no comunistas en dos planos: a) dentro de la sociedad socialista, en la que las viejas normas caducas existen como supervivencias del pasado, como resultado de la inobservancia y transgresión de las leyes vigentes en la sociedad, es decir, factores que engendran actos amorales y crímenes; b) al margen de la sociedad socialista, la moral comunista se opone a la moral de la sociedad burguesa. En esta compleja lucha, la moral comunista se forma como moral futura de toda la humanidad (Moral, Ética).

Ética³

(del griego, ἦθος; moral, carácter, costumbres.) Ciencia que trata de la moral, de su origen y de su desarrollo, de las reglas y de las normas de conducta de los hombres, de sus deberes hacia la sociedad, la patria, el Estado, &c. A veces se atribuye al término “ética” el mismo sentido que al término “moral”. Antes de Marx, las doctrinas éticas se integraban en los sistemas religiosos o filosóficos, y constituían tentativas idealistas y metafísicas de establecer reglas y normas de conducta inmutables, independientes del desarrollo histórico, valederas para todas las épocas, y para todos los pueblos, clases y agrupamientos sociales. Ni los idealistas, ni siquiera los materialistas premarxistas que tenían una concepción idealista de la historia, estaban en condiciones de crear

³ Diccionario filosófico abreviado · 1959:175-176

una teoría científica de la moral. Engels escribía a propósito de la ética de Feuerbach (ver): “Donde el verdadero idealismo de Feuerbach se pone de manifiesto, es en su filosofía de la religión y en su ética” (“Ludwig Feuerbach y el fin...”, en Marx/Engels, Obras escogidas, t. II, p. 352, Ed. esp., Moscú 1952). El marxismo, que ha efectuado una revolución en la filosofía, fue el primero en crear una teoría científica de la moral, y demostró que la moral es una forma de la conciencia social, poniendo en evidencia el carácter de clase de la moral en una sociedad clasista.

La historia de las doctrinas éticas forma parte integrante de la historia de la sociedad, de la lucha de clases, de la sucesión de las diversas formaciones sociales. Los conceptos éticos de los esclavos y de sus amos, de los siervos y de los feudales, de los obreros y de los capitalistas, revelan un carácter opuesto. En la sociedad esclavista, las cuestiones relativas a la ética fueron analizadas por materialistas como Demócrito (ver), Epicuro (ver), en su lucha contra los idealistas Sócrates (ver), Platón (ver), &c. Oponiéndose a la moral religiosa, Epicuro sostenía que el hombre aspira naturalmente al placer y que en ello no hay nada reprobable. Pero demostraba también que los placeres espirituales son superiores a los goces corporales. En cuanto a Platón, desarrollaba una teoría reaccionaria, aristocrática, por la cual, vinculaba la moral a un mundo de ideas suprasensibles, y particularmente, a la idea del “bien”. Afirmaba que la aristocracia posee, de nacimiento, una moral superior. Aristóteles (ver) concedió, de igual modo, mucha importancia a los problemas de la ética, especialmente a la virtud cívica. Afirmaba que la virtud “intelectual” se adquiere por medio de la educación, mientras que la virtud “volitiva” se obtiene por el hábito. En sus doctrinas éticas, los filósofos antiguos, ya fueran materialistas o idealistas, justificaban la esclavitud y

concebían la moral como idealistas, como si fuera un conjunto de verdades eternas aplicables en todas las circunstancias.

Las doctrinas éticas religiosas adquirieron particular difusión en la sociedad feudal (Tomás de Aquino, ver, &c.). Esas doctrinas atribuían a la existencia humana, como fin supremo, el amor a Dios, la sumisión absoluta a las autoridades de la Iglesia, la felicidad “en el otro mundo” mediante un renunciamiento ascético a todos los goces terrenales. Esas doctrinas justificaban el orden feudal y eran hostiles a las masas trabajadoras –campesinos, pobres de las ciudades, &c.– cuyos representantes (Tomás Müntzer, &c.) exigían una vida feliz no “en el otro mundo” sino aquí. Con el nacimiento de la sociedad burguesa, se asistió a la aparición de doctrinas éticas progresistas, antifeudales, creadas por la joven burguesía que censura la moral ascética de la Edad Media y proclama el “egoísmo racional” (Helvecio, ver, Diderot, ver, &c.) según el cual, la conducta del hombre debe depender no de la religión, sino de los intereses personales bien comprendidos. Partiendo del hecho de que los hombres nacen iguales, la teoría del “egoísmo racional” hacía la crítica de los privilegios feudales, enunciaba el principio de “libertad, igualdad y fraternidad”, lo que conducía en el fondo a reivindicar un régimen burgués democrático. El materialista alemán Feuerbach lanzaba llamamientos sentimentales al “amor universal”. Los materialistas premarxistas ignoraban que la moral es una de las formas de la conciencia social, no denunciaban el carácter de clase de la moral y consideraban la “naturaleza humana” eterna e inmutable: sus ideas quedaban encerradas en el marco del régimen burgués. Los demócratas revolucionarios rusos (Belinski, ver; Herzen, ver; Chernishevski, ver; Dobroliúbov, ver) entendían de una manera más justa y más profunda los problemas de la moral: comprendían que los intereses de

los trabajadores son incompatibles con los de las clases explotadoras y criticaban la moral de los grandes terratenientes y de los capitalistas, desde el punto de vista de la revolución campesina. Los materialistas rusos del siglo XIX eran los promotores de una moral que tenía por principio el bien del pueblo. Sin embargo, tampoco ellos podían comprender el papel histórico del proletariado y no pudieron por esta razón producir una ética científica. Esta fue obra del marxismo, el primero que descubrió las leyes objetivas que determinan el desarrollo de la moral y su papel en la lucha de clases.

La ética marxista reveló la naturaleza anticientífica de las teorías idealistas de toda especie que, como la teoría del “imperativo categórico” (ver) de Kant, por ejemplo, hacen abstracción del carácter histórico y del carácter clasista de la moral social. La ética marxista definió científicamente el contenido de la moral comunista, su importancia, y las tareas que le incumben en la lucha por la edificación del comunismo. La ética marxista parte de la necesidad de una lucha implacable contra la moral burguesa reaccionaria y contra sus propagandistas. Combatió y continúa combatiendo las teorías cosmopolitas y racistas de la moral, enunciadas por Schopenhauer (ver) y por Nietzsche (ver), así como las teorías éticas contemporáneas de los ideólogos de la reacción. La ética marxista denuncia las enseñanzas de los filósofos, sociólogos y materialistas reaccionarios burgueses que justifican la caza de beneficios máximos por parte de los capitalistas. En Estados Unidos e Inglaterra se difunden las doctrinas morales de los pragmatistas (Dewey, ver; Schiller, &c.) quienes afirman que las normas y valores morales constituyen una creación de la voluntad de los hombres en interés del “business” capitalista. Los partidarios del existencialismo (ver), Heidegger, Jaspers y otros, declaran que la voluntad humana es independiente

de la realidad ambiente, y que por lo tanto “todo le es permisible al hombre”. Los partidarios de la ética neotomista (Harrington, Maritain, &c.) proclaman que el objeto de la conducta humana es el de “prepararse para la muerte”, de “servir a Dios y a la Iglesia”. El místico francés E. Aegerter considera que el principio fundamental de la ética se reduce a una introspección mística del hombre. Todos los representantes de la ética moderna burguesa combaten abiertamente el análisis científico de la moral, y declaran que las normas y principios morales son, o bien creación arbitraria de los hombres, o bien efecto de la voluntad divina. Sólo la ética marxista-leninista constituye una ciencia verdadera de la moral, que ha recibido la consagración de la práctica histórica. Los grandes principios de la moral comunista han triunfado en la U.R.S.S., país del socialismo victorioso. (Ver igualmente Moral).

Ética⁴

(del griego ἠθική: relativo a las costumbres). Ciencia de la moral. Se divide en ética normativa y teoría de la moral. La primera investiga el problema del bien y del mal, establece el código moral de la conducta, señala qué aspiraciones son dignas, qué conducta es buena y cuál es el sentido de la vida. La teoría de la moral investiga la esencia de esta última, su origen y desarrollo, las leyes a que obedecen sus normas, su carácter histórico. La ética normativa y la teoría de la moral son inseparables entre sí. Últimamente se ha desarrollado la metaética, que investiga las enunciaciones éticas, su relación con la verdad, la estructura y constitución de la teoría ética. La metaética es un fruto de la época actual, en que las ciencias han recurrido al análisis lógico de sus medios. No hay que identificar la

⁴ Diccionario filosófico · 1965:159-160

ética con la moral vigente, “práctica”, con la moralidad; la ética es la ciencia, la teoría de la moral y de la moralidad. La moral surgió antes que la ética, existía ya en el régimen de la comunidad primitiva, mientras que la ética apareció al formarse la sociedad esclavista. La ética ha sido un elemento de las doctrinas filosóficas, de la teoría filosófica. Desde que apareció, en ella ha habido lucha entre la concepción materialista de la moral y la idealista. Los materialistas premarxistas no podían comprender las leyes objetivas reales del desenvolvimiento de la moral. Mas lucharon contra las concepciones teológicas en la ética, sometieron a crítica la idea que teólogos e idealistas mantenían del sentido de la vida, defendieron el criterio de que el origen y las fuentes de las normas morales son “terrenales”. En la Antigüedad, contribuyeron a que se llegara a una concepción ética de la realidad los charvak (India), Yan Chu y Lao-tse (China), Demócrito, Epicuro, Aristóteles (Grecia) y otros. Se realizó una gran aportación al desarrollo de las ideas éticas durante el período en que se formó y consolidó el régimen burgués. Los ideólogos de la burguesía, en aquel tiempo revolucionaria, como Spinoza, Rousseau, Helvecio, Holbach, Diderot y Feuerbach, asignaban gran importancia a la resolución de los problemas de la ética. Aunque filósofos como Kant y Hegel defendían la concepción idealista de la moral, expusieron varias concepciones éticas valiosas. Los demócratas revolucionarios de Rusia, especialmente Belinski, Herzen, Dobroliúbov y Chernishevski, realizaron una seria aportación a la ética. Como los socialistas utópicos de Occidente (Fourier, Saint-Simon, Owen y otros), los demócratas revolucionarios rusos, soñando con una sociedad justa, intentaban predecir y esbozar las nuevas relaciones morales entre las personas. La ética marxista hizo suyo todo cuanto de valioso había en las teorías éticas del pasado. Su aparición constituyó un punto de viraje en

el desarrollo de la ética. Las teorías éticas precedentes eran idealistas. Los filósofos del pasado suponían que bastaba modificar el nivel de la conciencia de las personas, instruir las, o cambiar la forma de dirección estatal para difundir la moral que preconizaban. Marx y Engels pusieron de manifiesto que la moral estaba determinada por el régimen económico y social, y que poseía un carácter histórico. Con su teoría del comunismo, señalaron cuáles son los verdaderos caminos de la felicidad, de la justicia y de la libertad. La nueva etapa en el progreso de la ética está unida al nombre de Lenin. Contribuyeron asimismo a enriquecer la ética marxista Plejánov, Lafargue, Bebel, Nadiezhda Krúpskaia, Antón Makárenko y otros. Se ha dedicado suma atención a los problemas éticos correspondientes al período del socialismo y de la formación del comunismo, en los Congresos XX y XXII del P.C.U.S. La construcción del comunismo ha planteado nuevos problemas ante la ética, que se va transformando cada vez más en una ciencia independiente. El código moral de los constructores del comunismo, formulado en el programa del P.C.U.S., es de gran trascendencia para el ulterior desarrollo de la ética marxista (Moral comunista). La ética burguesa contemporánea está en crisis. Los principios de la ética burguesa se basan en teorías metafísicas e idealistas. Neotomistas y existencialistas escriben mucho sobre cuestiones éticas. En cambio, los neopositivistas abandonan su misma problemática ética y cultivan la lógico-semántica. La tendencia dominante en la ética burguesa es la que sitúa en un plano abstracto y metafísico las cuestiones relativas al humanismo, a la justicia y al bien, sin tener en cuenta la vida; busca valores éticos "absolutos" cuya finalidad única sigue siendo, como antes, la defensa y la conservación del régimen capitalista. Son particularidades de la ética burguesa, la propaganda

del individualismo, la lucha contra el principio de colectivismo. Paralelamente a la difusión del dogmatismo moral neotomista, se intensifica el relativismo moral, que intenta demostrar la imposibilidad de la ética científica.

Ética⁵

(griego *ethos*: costumbre.) Una de las disciplinas teóricas más antiguas, cuyo objeto de estudio es la moral. La ética surge en el período de establecimiento del régimen esclavista, disociándose de la conciencia moral espontánea de la sociedad como una de las principales partes integrantes de la filosofía, como ciencia “práctica” de cómo se debe proceder, a diferencia del saber puramente teórico sobre la realidad. Posteriormente, la ética misma se divide en los campos teórico y práctico, en ética filosófica y ética normativa. En la ética burguesa moderna, esta división históricamente justificada ha llegado a la ruptura total (Análisis lingüístico en ética, Positivismo lógico, Metaética), a la enajenación mutua entre la ciencia y la moral. La contraposición tradicional de la teoría y la práctica en la historia de la ética también obstaculizaba la solución de su problema fundamental: el de la fuente y la base de las ideas morales. De ordinario, la moral se deducía de un principio extrahistórico –Dios, naturaleza del hombre o leyes del Cosmos (Naturalismo, Ética teológica)–, de algún principio apriorístico o idea absoluta en autodesarrollo (Kant y Hegel) o de cierta autoridad (Ética aprobativa). En el siglo 20, la crisis de estos modos tradicionales de deducción de la moral halló su expresión en la tesis de la ética burguesa moderna sobre la imposibilidad de fundamentar teóricamente las ideas morales, así como en la división de dicha ética en dos

⁵ Diccionario de filosofía · 1984:153-154

corrientes mutuamente opuestas (irracionalismo y formalismo). Únicamente el marxismo, que supera por completo la contraposición de la teoría y la práctica, esclareciendo su naturaleza socio-histórica, permite deducir científicamente las ideas morales de los modos de producción en desarrollo histórico, de los tipos de vida social, que sustituyen con carácter lógico unos a otros, y del progreso de la cultura material y espiritual de la sociedad, y esclarecer la naturaleza de la moral y su lugar en la vida social y la especificidad del reflejo del ser social en la conciencia moral. Respectivamente se resuelve también la cuestión del objeto y las tareas de la ética marxista, que abarca una serie de esferas de investigación. Una de ellas es el estudio de la historia del desarrollo de la moralidad del género humano, que transcurre en forma de lucha y cambio de la moral de las diversas formaciones socioeconómicas y clases, así como en forma de historia de las doctrinas éticas, que refleja este proceso. En cuanto a nuestra época, esta tarea de la ética consiste en fundamentar históricamente la moral superior de la humanidad –la moral comunista– y en someter a crítica la moral y la ética burguesas. De esta manera la ética normativa se convierte en desarrollo natural de las conclusiones de la teoría histórica de la ética y deja de ser una doctrina independiente, opuesta a la ética teórica. Los principios morales no se establecen por ciertos filósofos, partidarios de una u otra corriente, sino que se forman en el proceso de la práctica social, reflejando la experiencia atesorada por muchas generaciones, por todo el pueblo y las distintas clases. La ética marxista analiza también la naturaleza y el mecanismo de acción de la moral y la investiga como aspecto de la actividad social del hombre, como forma específica de relaciones y conciencia sociales. En la época de edificación del comunismo crecen inconmensurablemente las tareas teóricas de la ética

marxista y su significación práctica. La ética marxista sintetiza y sistematiza los principios de la moral comunista, que se forman por las masas trabajadoras en el proceso de construcción de la nueva sociedad, fundamenta científicamente dichos procesos y constituye la base teórica de la educación moral de los trabajadores, de la formación de su posición activa en la vida y de la intransigencia para con las infracciones de las normas de la moral comunista.





ÉTICA Y SOCIALISMO

José Carlos Mariátegui

*"Defensa del marxismo", Quinta edición, Lima,
junio de 1974.*



No son nuevos los reproches al marxismo por su supuesta anti-eticidad, por sus móviles materialistas, por el sarcasmo con que Marx y Engels tratan en sus páginas polémicas la moral burguesa. La crítica neo-revisionista no dice, a este respecto, ninguna cosa que no hayan dicho antes utopistas y fariseos de toda marca. Pero la reivindicación de Marx, desde el punto de vista ético, la ha hecho ya también Benedetto Croce -esto es uno de los representantes más autorizados de la filosofía idealista, cuyo dictamen. parecerá a todos más decisivo que cualquier deploración jesuíta de la inteligencia pequeño-burguesa-. En uno de sus primeros ensayos sobre el materialismo histórico, confutando la tesis de la antieticidad del marxismo, Croce escribía lo siguiente: "Esta corriente ha estado principalmente determinada por la necesidad en que se encontraron Marx y Engels, frente a las varias categorías de utopistas, de afirmar que la llamada cuestión social no es una cuestión moral (o sea, según se ha de interpretar, no se resuelve con prédicas y con los medios llamados morales) y por su acerba crítica de las ideologías e hipocresías de clase. Ha estado luego ayudada, según me parece, por el origen hegeliano del pensamiento de Marx y Engels, siendo sabido que en la filosofía hegeliana la ética pierde la rigidez que le diera Kant y le conservara Herbart. Y, finalmente, no carece en esto de eficacia la denominación de "materialismo", que hace pensar en seguida en el interés bien entendido y en el

cálculo de los placeres. Pero es evidente que la idealidad y lo absoluto de la moral, en el sentido filosófico de tales palabras, son presupuesto necesario del socialismo. ¿No es, acaso, un interés moral o social, como se quiere decir, el interés que nos mueve a construir un concepto del sobrevalor? ¿En economía pura, se puede hablar de plusvalía? ¿No vende el proletariado su fuerza de trabajo por lo que vale, dada su situación en la presente sociedad? Y, sin ese presupuesto moral, ¿cómo se explicaría, junto con la acción política de Marx, el tono de violenta indignación o de sátira amarga que se advierte en cada página de *El Capital*?" (Materialismo Storico ed Economía Marxística). Me ha tocado ya apelar a este juicio de Croce, a propósito de algunas frases de Unamuno, en *La Agonía del Cristianismo*, obteniendo que el genial español, al honrarme con su respuesta, escribiera que, en verdad, Marx no fue un profesor sino un profeta.

Croce ha ratificado explícitamente, más de una vez, las palabras citadas. Una de sus conclusiones críticas sobre la materia es, precisamente, "la negación de la intrínseca amoralidad o de la intrínseca antieticidad del marxismo". Y, como en el mismo escrito, se maravilla de que nadie "haya pensado en llamar a Marx, a título de honor, el Maquiavelo del proletariado", hay que encontrar la explicación amplia y cabal de su concepto en su defensa del autor de *El Príncipe*, tan perseguido igualmente por las deploraciones de sus pósteros. Sobre Maquiavelo, Croce ha escrito que "descubre la necesidad y la autonomía de la política, que está más allá del bien y del mal moral, que tiene sus leyes contra las cuales es vano rebelarse y a la que no se puede exorcizar o arrojar del mundo con el agua bendita". Maquiavelo, en opinión de Croce, se presenta "como dividido de ánimo y de mente acerca de la política, de la cual ha descubierto la autonomía y que le aparece ora triste necesidad de envilecerse las manos por tener que

habérselas con gente bruta, ora arte sublime de fundar y sostener aquella gran institución que es el Estado" (Elimenti di política). El parecido entre los dos casos ha sido expresamente indicado por el propio Croce, en estos términos: "Un caso, análogo en ciertos aspectos a éste de las discusiones sobre la ética de Marx, es la crítica tradicional de la ética de Maquiavelo: crítica que fue superada por De Sanctis (en el capítulo en torno a Maquiavelo de su *Storia della letteratura*), pero que retorna de continuo y se afirma en la obra del profesor Villari, quien halla la imperfección de Maquiavelo en esto: en que él no se propuso la cuestión moral. Y me ha ocurrido siempre preguntarme por qué obligación, por qué contrato Maquiavelo debía tratar toda suerte de cuestiones, inclusive aquéllas por las cuales no se interesa y sobre las cuales no creía tener nada de que decir. Sería lo mismo que reprochar, a quién haga investigaciones de Química, el no remontarse a las investigaciones generales metafísicas sobre los principios de lo real".

La función ética del socialismo respecto a la cual inducen sin duda a error las presurosas y sumarias exorbitancias de algunos marxistas como Lafargue debe ser buscada, no en grandilocuentes decálogos, ni en especulaciones filosóficas, que en ningún modo constituían una necesidad de la teorización marxista, sino en la creación de una moral de productores por el propio proceso de la lucha anticapitalista. "En vano -ha dicho Kautsky- se busca inspirar al obrero inglés con sermones morales una concepción más elevada de la vida, el sentimiento de más nobles esfuerzos. La ética del proletariado emana de sus aspiraciones revolucionarias; son ellas las que le dan más fuerza y elevación. Es la idea de la revolución lo que ha salvado al proletariado del rebajamiento". Sorel agrega que para Kautsky la moral está siempre subordinada a la idea de lo sublime y, aunque en desacuerdo con muchos

marxistas oficiales que extremaron las paradojas y burlas sobre los moralistas, conviene en que "los marxistas tenían una razón particular para mostrarse desconfiados de todo lo que tocaba a la ética; los propagandistas de reformas sociales, los utopistas y los demócratas habían hecho tal abuso de la Justicia que existía el derecho de mirar toda disertación al respecto como un ejercicio de retórica o como una sofística, destinada a extraviar a las personas que se ocupaban en el movimiento obrero".

Al pensamiento soreliano de Eduardo Berth debemos una apología de esta función ética del socialismo. "Daniel Halevy -dice Berth- parece creer que la exaltación del productor debe perjudicar la del hombre; me atribuye un entusiasmo totalmente americano por una civilización industrial. No es así absolutamente; la vida del espíritu libre me es tan cara como a él mismo, y estoy lejos de creer que no hay más que la producción en el mundo.

Es siempre, en el fondo, el viejo reproche hecho a los marxistas, a quienes se acusa de ser, moral y metafísicamente, materialistas. Nada más falso; el materialismo histórico no impide en ningún modo el más alto desarrollo de lo que Hegel llamaba el espíritu libre o absoluto; es, por el contrario, su condición preliminar. Y nuestra esperanza es, precisamente, que en una sociedad asentada sobre una amplia base económica, constituida por una federación de talleres donde obreros libres estarían animados de un vivo entusiasmo por la producción, el arte, la religión y la filosofía podrán tomar un impulso prodigioso y el mismo ritmo ardiente y frenético transportará hacia las alturas".

La sagacidad, no exenta de fina ironía francesa, de Luc Durtain constata este ascendiente religioso del marxismo, en el primer país cuya constitución se conforma a sus principios. Históricamente estaba ya comprobado, por la

lucha socialista de Occidente, que lo sublime proletario no es una utopía intelectual ni una hipótesis propagandística.

Cuando Henri de Man, reclamando al socialismo un contenido ético, se esfuerza en demostrar que el interés de clase no puede ser por sí solo motor suficiente de un orden nuevo, no va absolutamente "más allá del marxismo", ni repara en cosas que no hayan sido ya advertidas por la crítica revolucionaria. Su revisionismo ataca al sindicalismo reformista, en cuya práctica el interés de clase se contenta con la satisfacción de limitadas aspiraciones materiales. Una moral de productores, como la concibe Sorel, como la concebía Kautsky, no surge mecánicamente del interés económico: se forma en la lucha de clases, librada con ánimo heroico, con voluntad apasionada. Es absurdo buscar el sentimiento ético del socialismo en los sindicatos aburguesados "en los cuales una burocracia domesticada ha enervado la conciencia de clase" o en los grupos parlamentarios, espiritualmente asimilados al enemigo que combaten con discursos y mociones. Henri de Man dice algo perfectamente ocioso cuando afirma: "El interés de clase no lo explica todo. No crea móviles éticos". Estas constataciones pueden impresionar a cierto género de intelectuales novecentistas que, ignorando clamorosamente el pensamiento marxista, ignorando la historia de la lucha de clases, se imaginan fácilmente, como Henri de Man, rebasar los límites de Marx y su escuela. La ética del socialismo se forma en la lucha de clases. Para que el proletariado cumpla, en el progreso moral, su misión histórica, es necesario que adquiera conciencia previa de su interés de clase; pero el interés de clase, por sí solo, no basta. Mucho antes que Henri de Man, los marxistas lo han entendido y sentido perfectamente. De aquí, precisamente, arrancan sus acérrimas críticas contra el reformismo poltrón. "Sin teoría revolucionaria, no hay acción revolucionaria" repetía Lenin, aludiendo a la

tendencia amarilla a olvidar el finalismo revolucionario por atender sólo a las circunstancias presentes.

La lucha por el socialismo eleva a los obreros, que con extrema energía y absoluta convicción toman parte en ella, a un ascetismo, al cual es totalmente ridículo echar en cara su credo materialista, en el nombre de una moral de teorizantes y filósofos. Luc Durtain, después de visitar una escuela soviética, preguntaba si no podría encontrar en Rusia una escuela laica, a tal punto le parecía religiosa la enseñanza marxista. El materialista, si profesa y sirve su fe religiosamente, sólo por una convención del lenguaje puede ser opuesto o distinguido del idealista. (Ya Unamuno, tocando otro aspecto de la oposición entre idealismo y materialismo, ha dicho que "como eso de la materia no es para nosotros más que una idea, el materialismo es idealismo").

El trabajador, indiferente a la lucha de clases, contento con su tenor de vida, satisfecho de su bienestar material, podrá llegar a una mediocre moral burguesa, pero no alcanzará jamás a elevarse a una ética socialista. Y es una impostura pretender que Marx quería separar al obrero de su trabajo, privarlo de cuanto espiritualmente lo une a su oficio, para que de él se adueñase mejor el demonio de la lucha de clases. Esta conjetura sólo es concebible en quienes se atienen a las especulaciones de marxistas, como Lafargue, el apologista del derecho a la pereza.

La usina, la fábrica, actúan en el trabajador psíquica y mentalmente. El sindicato, la lucha de clases, continúan y completan el trabajo, la educación que ahí empieza. "La fábrica -apunta Gobetti- da la precisa visión de la coexistencia de los intereses sociales: la solidaridad del trabajo. El individuo se habitúa a sentirse parte de un proceso productivo, parte indispensable del mismo modo que insuficiente. He aquí la más perfecta escuela de

orgullo y humildad. Recordaré siempre la impresión que tuve de los obreros, cuando me ocurrió visitar las usinas de la Fiat, uno de los pocos establecimientos anglosajones, modernos, capitalistas, que existen en Italia. Sentía en ellos una actitud de dominio, una seguridad sin pose, un desprecio por toda suerte de diletantismo. Quien vive en una fábrica, tiene la dignidad del trabajo, el hábito al sacrificio y a la fatiga. Un ritmo de vida que se funda severamente en el sentido de tolerancia y de interdependencia, que habitúa a la puntualidad, al rigor, a la continuidad. Estas virtudes del capitalismo, se resienten de un ascetismo casi árido; pero, en cambio, el sufrimiento contenido alimenta, con la exasperación, el coraje de la lucha y el instinto de la defensa política. La madurez anglosajona, la capacidad de creer en ideologías precisas, de afrontar los peligros por hacerlas prevalecer, la voluntad rígida de practicar dignamente la lucha política, nacen de este noviciado, que significa la más grande revolución sobrevenida después del Cristianismo". En este ambiente severo, de persistencia, de esfuerzo, de tenacidad, se han templado las energías del socialismo europeo que, aun en los países donde el reformismo parlamentario prevalece sobre las masas, ofrece a los indo-americanos un ejemplo tan admirable de continuidad y de duración. Cien derrotas han sufrido en esos países los partidos socialistas, las masas sindicales. Sin embargo, cada nuevo año, la elección, la protesta, una movilización cualquiera, ordinaria y extraordinaria, las encuentra siempre acrecidas y obstinadas. Renán reconocía lo que de religioso y de místico había en esta fe social. Labriola enaltecía con razón, en el socialismo alemán, "este caso verdaderamente nuevo e imponente de pedagogía social, o sea que en un número tan grande de obreros y de pequeños burgueses se forme una conciencia nueva, a la cual concurren en igual medida el sentimiento director de

la situación económica, que induce a la lucha, y la propaganda del socialismo, entendido como meta y punto de arribo". Si el socialismo no debiera realizarse como orden social, bastaría esta obra formidable de educación y elevación para justificarlo en la historia. El propio de Man admite este concepto al decir, aunque con distinta intención, que "lo esencial en el socialismo es la lucha por él", frase que recuerda mucho aquéllas en que Bernstein aconsejaba a los socialistas preocuparse del movimiento y no del fin, diciendo, según Sorel, una cosa mucho más filosófica de lo que el líder revisionista pensaba.

De Man no ignora la función pedagógica, espiritual del sindicato y la fábrica, aunque su experiencia sea mediocrementemente social-democrática. "Las organizaciones sindicales -observa- contribuyen, mucho más de lo que suponen la mayor parte de los trabajadores y casi todos los patrones, a estrechar los lazos que unen al obrero al trabajo. Obtienen este resultado casi sin saberlo, procurando sostener la aptitud profesional y desarrollar la enseñanza industrial, al organizar el derecho de inspección de los obreros y democratizar la disciplina del taller, por el sistema de delegados y secciones, etc. De este modo prestan al obrero un servicio mucho menos problemático, considerándolo como ciudadano de una ciudad futura, antes que buscando el remedio en la desaparición de todas las relaciones psíquicas entre el obrero y el medio ambiente del taller". Pero el neo-revisionista belga, no obstante, sus alardes idealistas, encuentra la ventaja y el mérito de esto en el creciente apego del obrero a su bienestar material y en la medida en que éste hace de él un filisteo.

¡Paradojas del idealismo pequeño-burgués!



La ética del
proletariado
emana de sus
aspiraciones
revolucionarias;
son ellas las que
le dan **más**
fuerza
y elevación.





**SENTIDO
HEROICO Y
CREADOR DEL
SOCIALISMO**

José Carlos Mariátegui

El *mérito* de Marx

consiste
en haber,
en este sentido,

ste sentido,
descubierto

Proletariado

Todos los que como Henri de Man predicán y anuncian un socialismo ético, basado en principios humanitarios, en vez de contribuir de algùn modo a la elevación moral del proletariado, trabajan inconsciente, paradójicamente, contra su afirmación como una fuerza creadora y heroica, vale decir contra su rol civilizador. Por la vía del socialismo "moral", y de sus pláticas antimaterialistas, no se consigue sino recaer en el más estéril y lacrimoso romanticismo humanitario en la más decadente apologética del "paria", en el más sentimental e inepto plagio de la frase evangélica de los "pobres del espíritu". Y esto equivale a retrotraer al socialismo a su estación romántica, utopista, en que sus reivindicaciones se alimentaban, en gran parte, del sentimiento y la divagación de esa aristocracia que, después de haberse entretenido, idílica y dieciochescamente, en disfrazarse de pastores y zagalas y en convertirse a la Enciclopedia y el liberalismo, soñaba con acaudillar bizarra y caballerescamente una revolución de descamisados y de ilotas. Obedeciendo a una tendencia de sublimación de su sentimiento, este género de socialistas al cual nadie piensa en negar sus servicios y en el cual descollaron a gran altura espíritus extraordinarios y admirables recogía del arroyo los clichés sentimentales y las imágenes demagógicas de una epopeya de san culottes¹, destinada a instaurar en el

¹ Los sans culottes se llamaron a los revolucionarios franceses porque dejaron el

mundo una edad paradisíacamente rousseauniana. Pero, como sabemos desde hace mucho tiempo, no era ese absolutamente el camino de la revolución socialista. Marx descubrió y enseñó que había que empezar por comprender la fatalidad de la etapa capitalista y, sobre todo, su valor. El socialismo, a partir de Marx, aparecía como la concepción de una nueva clase, como una doctrina y un movimiento que no tenían nada de común con el romanticismo de quienes repudiaban, cual una abominación, la obra capitalista. El proletariado sucedía a la burguesía en la empresa civilizadora. Y asumía esta misión, consciente de su responsabilidad y capacidad adquiridas en la acción revolucionaria y en la usina capitalista cuando la burguesía, cumplido su destino, cesaba de ser una fuerza de progreso y cultura.

Por esto, la obra de Marx tiene cierto acento de admiración por la obra capitalista, y *El Capital*, al par que da las bases de una ciencia socialista, es la mejor versión de la epopeya del capitalismo (algo que no escapa exteriormente a la observación de Henri de Man, pero sí en su sentido profundo).

El socialismo ético, pseudocristiano, humanitario, que se trata anacrónicamente de oponer al socialismo marxista, puede ser un ejercicio más o menos lírico e inocuo de una burguesía fatigada y decadente, mas no la teoría de una clase que ha alcanzado su mayoría de edad, superando los más altos objetivos de la clase capitalista. El marxismo es totalmente extraño y contrario a estas mediocres especulaciones altruistas y filantrópicas. Los marxistas no creemos que la empresa de crear un nuevo orden social, superior al orden capitalista, incumba a una amorfa masa de parias y de oprimidos, guiada por evangélicos

uso del calzón. La expresión significa sin calzones o bragas. Estos eran usados, mayormente, por la nobleza.

predicadores del bien. La energía revolucionaria del socialismo no se alimenta de compasión ni de envidia. En la lucha de clases, donde residen todos los elementos de lo sublime y heroico de su ascensión, el proletariado debe elevarse a una “moral de productores”, muy distante y distinta de la “moral de esclavos”, de que oficiosamente se empeñan en proveerlo sus gratuitos profesores de moral, horrorizados de su materialismo. Una nueva civilización no puede surgir de un triste y humillado mundo de ilotas y de miserables, sin más título ni más aptitud que los de su ilotismo y su miseria. El proletariado no ingresa en la historia políticamente sino como clase social; en el instante en que descubre su misión de edificar, con los elementos allegados por el esfuerzo humano, moral o amoral, justo o injusto, un orden social superior. Y a esta capacidad no ha arribado por milagro. La adquiere situándose sólidamente en el terreno de la economía, de la producción. Su moral de clase depende de la energía y heroísmo con que opera en este terreno y de la amplitud con que conozca y domine la economía burguesa.

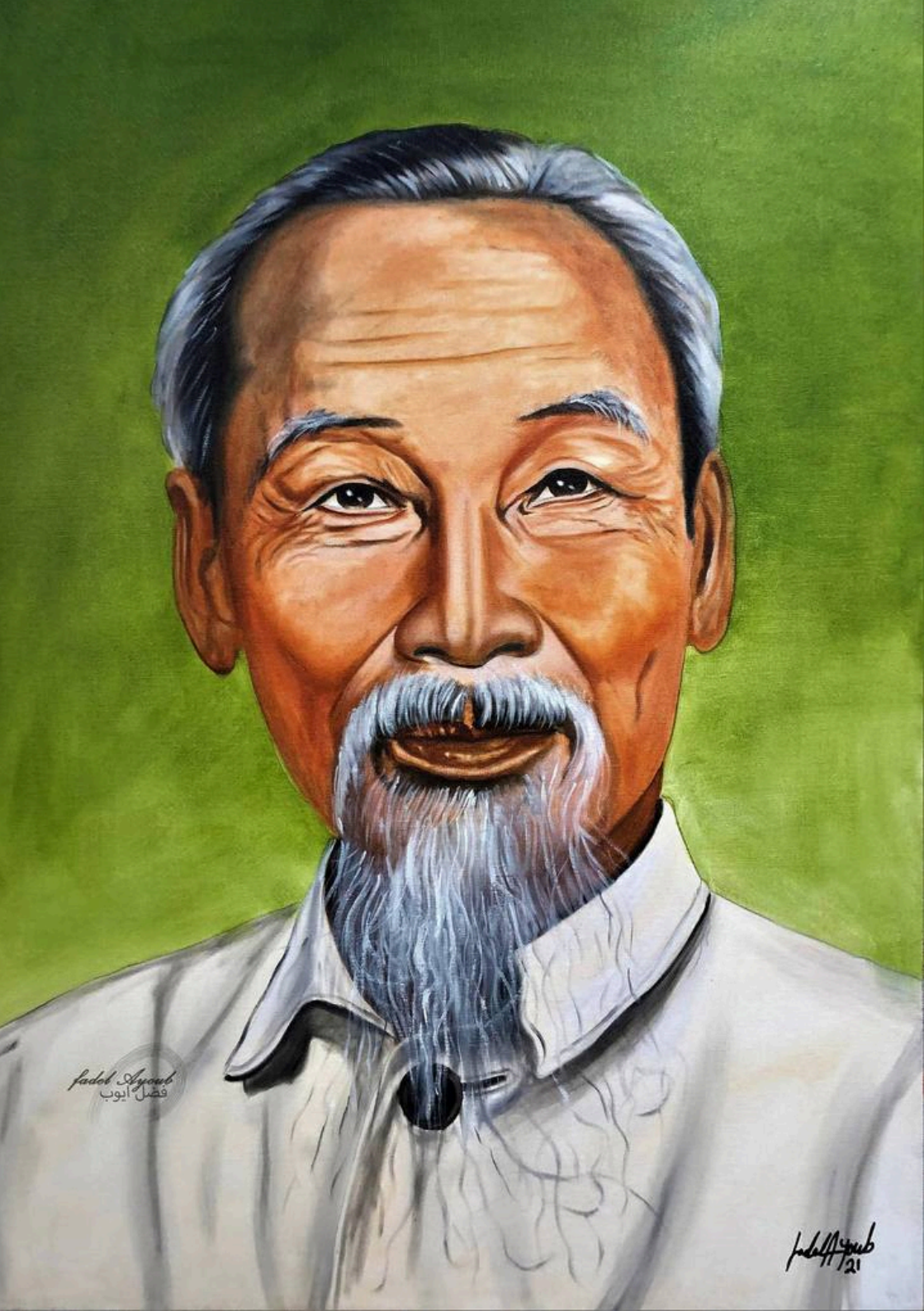
De Man roza, a veces, esta verdad; pero en general se guarda de adoptarla. Así, por ejemplo, escribe: “Lo esencial en el socialismo es la lucha por él. Según la fórmula de un representante de la Juventud Socialista Alemana, el objeto de nuestra existencia no es paradisíaco sino heroico”. Pero no es esta precisamente la concepción en que se inspira el pensamiento del revisionista belga, quien, algunas páginas antes, confiesa “Me siento más cerca del práctico reformista que del extremista y estimo en más una alcantarilla nueva en un barrio obrero, o un jardín florido ante una casa de trabajadores, que una nueva teoría de la lucha de clases”. De Man critica, en la primera parte de su obra, la tendencia a idealizar al proletario como se idealizaba al campesino, al hombre primitivo y simple, en la época de Rousseau. Y esto indica que su especulación y

su práctica se basan casi únicamente en el socialismo humanitario de los intelectuales.

No hay duda de que este socialismo humanitario anda hasta hoy no poco propagado en las masas obreras. La Internacional, el himno de la Revolución, se dirige en su primer verso a “los pobres del mundo”, frase de neta reminiscencia evangélica. Si se recuerda que el autor de estos versos es un poeta popular francés, de pura estirpe bohemia y romántica, la veta de su inspiración aparece clara. La obra de otro francés, el gran Henri Barbusse², se presenta impregnada del mismo sentimiento de idealización de la masa, de la masa intemporal, eterna, sobre la que pesa opresora la gloria de los héroes y el fardo de las culturas. Masa-cariátide. Pero la masa no es el proletariado moderno; y su reivindicación genérica no es la reivindicación revolucionaria y socialista.

El mérito excepcional de Marx consiste en haber, en este sentido, descubierto al proletariado. Como escribe Adriano Tilgher, “ante la historia, Marx aparece como el descubridor y diría casi el inventor del proletariado; él, en efecto, no sólo ha dado al movimiento proletariado la conciencia de su naturaleza, de su legitimidad y necesidad histórica, de su ley interna, del último término hacia el cual se encamina, y ha infundido así en el proletariado aquella conciencia que antes le faltaba; sino ha creado, puede decirse, la noción misma, y tras la noción, la realidad del proletariado como clase esencial- mente antitética de la burguesía, verdadera y sola portadora del espíritu revolucionario en la sociedad industrial moderna”.

² Sobre Henri Barbusse, léase el estudio del autor en las páginas de El Artista y La Época (N. de los E.).




Fadool Ayoub
فضل ايوب

Fadool Ayoub
21

**SOBRE
LA MORAL
REVOLUCIONARIA**

Ho Chi Minh (1958)





Desde el principio de su existencia, la humanidad ha tenido que luchar contra la naturaleza – las bestias salvajes, el tiempo, etc. – para poder sobrevivir. Para tener éxito en esta lucha cada individuo debe apoyarse en la fuerza de un gran número de personas, en lo colectivo, en la sociedad. Solo, no puede sacar lo mejor de la naturaleza y subsistir.

Para sobrevivir, el hombre también debe producir para obtener alimento y vestido. También la producción se debe apoyar en lo colectivo, en la sociedad. Solo, el individuo no puede producir.

Siendo nuestra era una era civilizada, revolucionaria, uno debe apoyarse todavía más en la fuerza de lo colectivo, de la sociedad para todas las empresas. Más que nunca el individuo no puede permanecer aparte, sino que debe unirse a lo colectivo, unirse a la sociedad.

Por ello, el individualismo va en contra del colectivismo; el colectivismo y el socialismo sin duda prevalecerán mientras que el individualismo seguro que desaparecerá.

El modo de producción y las fuerzas productivas se desarrollan y cambian incesantemente; por ello también lo hacen el pensamiento del hombre, los sistemas sociales, etc. Todos nosotros sabemos que del pasado al presente el modo de producción ha evolucionado, desde la utilización de ramas de árboles y hachas de piedra hasta

las máquinas, la electricidad y la energía nuclear. Los sistemas sociales también se han desarrollado desde el comunismo primitivo a la esclavitud y el feudalismo hasta el capitalismo, y actualmente cerca de la mitad de la humanidad avanza hacia el socialismo y el comunismo.

Nadie puede detener este desarrollo y progreso.

Con el nacimiento de la propiedad privada, la sociedad ha quedado dividida en clases – clases explotadoras y clases explotadas – y de aquí la aparición de las contradicciones sociales y de lucha de clases. Cualquier persona pertenece necesariamente a una u otra clase y nadie queda fuera de ellas. Al mismo tiempo cada individuo representa la ideología de su propia clase.

En la vieja sociedad, los terratenientes feudales, los capitalistas e imperialistas oprimieron y explotaron despiadadamente a los demás estratos sociales, especialmente a los obreros y campesinos. Saquearon la propiedad común producida por la sociedad, la convirtieron en su propiedad privada y vivieron a lo grande. Pero continuaron sermoneando sobre “la virtud”. Pero continuaron sermoneando sobre “la virtud”, “la liberación”, “la democracia”.

Negándose a soportar para siempre esta opresión y explotación, los obreros, los campesinos y otras gentes trabajadoras se han levantado y han hecho la revolución para librarse a sí mismos y para transformar la perversa sociedad vieja en una magnífica sociedad nueva, en la que todo el pueblo trabajador viva feliz, y en la que la explotación del hombre por el hombre quedaría prohibida.

Para alcanzar el éxito, la revolución debe estar dirigida por la clase obrera – la clase más avanzada, consciente, resuelta, disciplinada y mejor organizada – con el partido proletario como su estado mayor. Esto ha quedado

incuestionablemente confirmado por la revolución en la Unión Soviética y en los demás países socialistas.

Hacer la revolución, transformar la vieja sociedad en una nueva es una tarea muy gloriosa pero también muy pesada, una lucha compleja, prolongada y dura. Solamente un hombre fuerte puede viajar una distancia larga con una carga pesada sobre su espalda. Un revolucionario debe tener una base sólida de moral revolucionaria para cumplir su gloriosa tarea revolucionaria.

Habiendo nacido y crecido en la vieja sociedad, todos llevamos en nuestro interior, en diverso grado, restos de esa sociedad en nuestro pensamiento y nuestras costumbres. El peor y más peligroso vestigio de la vieja sociedad es el individualismo. El individualismo va en contra de la moral revolucionaria. La menor huella de él se desarrollará en la primera oportunidad, asfixiará las virtudes revolucionarias y evitará que luchemos de todo corazón por la causa revolucionaria.

El individualismo es algo muy engañoso y perverso; hábilmente induce a la reincidencia. Y todos sabemos que es más fácil reincidir que progresar. Por eso es muy peligroso.

Para sacudirse de los vestigios negativos de la vieja sociedad, y para cultivar las virtudes revolucionarias, debemos estudiar seriamente, educarnos y reformarnos para progresar continuamente. De otro modo retrocederemos y finalmente seremos rechazados por la sociedad venidera.

No es solamente yendo a la escuela o asistiendo a los cursos de formación como podemos estudiar, educarnos y reformarnos a nosotros mismos. Lo podemos y debemos hacer en toda actividad revolucionaria. Las actividades

revolucionarias clandestinas, la insurrección general, la guerra de resistencia, la actual construcción del socialismo en el Norte y la lucha por la reunificación nacional son escuelas muy buenas en donde podemos adquirir las virtudes revolucionarias.

La gente con virtudes revolucionarias no teme a las dificultades, a las privaciones, ni a los fracasos; tampoco flaquea ni retrocede. Por el bien de los intereses del Partido, de la Revolución, de la clase, de la nación y de la humanidad, nunca duda en sacrificar sus propios intereses, y si es necesario, incluso sus propias vidas. Esta es una expresión muy clara y noble de la moral revolucionaria.

En nuestro partido, los camaradas Tran Phu, Ngo Gia Tu, Le Hong Phong, Nguyen Van Cu, Hoang Van Thu, Nguyen Thi Minh Khai y muchos otros han dado sus vidas por el bien del pueblo y del partido, dando así magníficos ejemplos de dedicación total a los intereses públicos y de completo desinterés.

La gente con virtudes revolucionarias permanece siendo sencilla, modesta y dispuesta a afrontar nuevas privaciones, incluso cuando se encuentra condiciones favorables y obtiene éxitos. "Preocuparse del trabajo ante los demás, pensar en el placer después de ellos". Debemos pensar en cómo cumplir mejor nuestra tarea, no en cómo conseguir la mayor recompensa. Debemos evitar presumir de los logros pasados y reclamar prerrogativas especiales, o consentir la burocracia, el engreimiento y la depravación. Esto también es una expresión de moral revolucionaria.

En resumen, la moral revolucionaria consiste en lo siguiente:

Dedicar la propia vida a luchar por el Partido y la Revolución. Este es el punto más esencial.

Trabajar duro por el Partido, observar la disciplina del Partido y llevar a la práctica la línea y política del Partido.

Poner los intereses del Partido y del pueblo trabajador antes y por encima de los intereses propios. Servir al pueblo de corazón. Luchar desinteresadamente por el Partido y ser ejemplar en todos los aspectos.

Esforzarse en estudiar el marxismo-leninismo y en utilizar constantemente la crítica y la autocrítica para elevar el nivel ideológico propio, mejorar el trabajo propio y progresar junto a los camaradas.

Cada revolucionario debe comprender en profundidad que nuestro Partido es la organización más avanzada y unida de la clase obrera, el dirigente de esta última y del pueblo trabajador en general. Actualmente, nuestra clase obrera, aunque no muy numerosa, se está desarrollando con cada día que pasa. En el futuro, las cooperativas agrícolas se organizarán en todas partes, la maquinaria se utilizará ampliamente en el campo y los campesinos se convertirán en obreros. Los intelectuales estarán bien familiarizados con el trabajo manual, y la diferencia entre trabajadores manuales e intelectuales desaparecerá gradualmente. La industria de nuestro país se desarrollará día a día. Por ello, los obreros serán cada vez más numerosos, su fuerza crecerá, y el futuro de la clase obrera es grande y glorioso. Reformará el mundo y también a sí misma.

El revolucionario debe comprender claramente esto y adherirse firmemente a la posición de la clase obrera para luchar de todo corazón por el socialismo y el comunismo, por la clase obrera y todo el pueblo trabajador. La moral revolucionaria consiste en la lealtad absoluta al Partido y al Pueblo.

Nuestro partido no persigue ningún otro interés que el de la

clase obrera y del pueblo trabajador. Por ello, su objetivo inmediato es luchar por la construcción gradual del socialismo en el Norte y la reunificación del país.

Bajo el liderazgo del Partido, nuestro pueblo ha combatido heroicamente; ha derrocado la dominación feudal y colonial y ha liberado por completo el norte de nuestro país. Éste fue un gran triunfo. Pero la Revolución todavía no es totalmente victoriosa, y el propósito actual del Partido es luchar por la reunificación nacional para construir un Vietnam en paz, reunificado, independiente, democrático y próspero, eliminar la explotación del hombre por el hombre en todo el país y construir una nueva sociedad con felicidad y abundancia para todos.

Sin embargo, nuestra industria está todavía retrasada. Gracias a la devota ayuda de los países hermanos, en primer lugar, de la Unión Soviética y China, se está desarrollando. Para que nuestro esfuerzo tenga éxito, nuestros obreros deben rivalizar los unos con los otros y luchar para producir cada vez más deprisa, mejor y más económicamente, observar la disciplina en el trabajo y participar activamente en la gestión de sus empresas; debemos oponernos al despilfarro y a la malversación, y nuestros cuadros deben ser auténticamente laboriosos, ahorrativos, honestos y rectos y unirse a los obreros en el trabajo.

La tierra ha sido asignada a nuestros campesinos, cuya vida ha mejorado parcialmente. Pero el modo de producción todavía es disperso y retrasado; por ello, el rendimiento de la tierra no ha aumentado demasiado y las condiciones de vida han mejorado sólo ligeramente. El movimiento para crear equipos de intercambio de trabajo y cooperativas en nuestros campos debe ampliarse y avanzar con firmeza para producir un firme incremento de la producción; solamente entonces nuestros campesinos

podrán escapar de la pobreza y mejorar sus condiciones.

Por ello, la moral revolucionaria consiste en esforzarse por alcanzar el objetivo del Partido, sirviendo fielmente a la clase obrera y al pueblo trabajador y no vacilar nunca.

La mayoría de los miembros del Partido y de la Unión de Jóvenes Obreros y la mayoría de los cuadros lo han hecho así, pero otros no. De manera equivocada piensan que ahora que los colonialistas y feudalistas han sido eliminados en el Norte, la Revolución se ha completado con éxito. Así es como dejan que el individualismo se desarrolle en su interior, piden placer y descanso, y quieren escoger su propio trabajo en vez de cumplir con las tareas que su organización les encomienda. Quieren posiciones más elevadas, pero eluden las responsabilidades. Su combatividad y energía se debilita gradualmente, lo mismo que su coraje revolucionario y sus nobles virtudes. Se olvidan de que el primer criterio de un revolucionario es su determinación para luchar toda su vida por el Partido y la Revolución.

Debemos darnos cuenta de que los éxitos que hemos logrado hasta ahora son solamente los primeros pasos de una carretera de mil leguas. Debemos avanzar más lejos, la Revolución debe hacer nuevos progresos. De otro modo retrocederemos y los éxitos que hemos logrado no se podrán consolidar y desarrollar.

Para avanzar hacia el socialismo debemos librar una lucha larga y dura. Debemos tener revolucionarios porque todavía existen enemigos que se oponen a la Revolución.

Hay tres clases de enemigos,

El Capitalismo y el imperialismo son enemigos muy peligrosos. Las costumbres y tradiciones atrasadas también son grandes enemigos: insidiosamente dificultan el proceso de la Revolución. Sin embargo, no podemos

reprimirlas, sino que debemos buscar corregirlas con precaución, perseverancia y a lo largo de un período largo de tiempo.

El tercer enemigo es el individualismo, la mentalidad pequeñoburguesa que todavía acecha en cada uno de nosotros. Está esperando una oportunidad – ya sea un éxito o un fracaso – para levantar la cabeza. Es la aliada de las dos categorías anteriores.

Por ello, la moral Revolucionaria consiste – cualesquiera que sean las circunstancias – en luchar resueltamente contra todos los enemigos, manteniendo la vigilancia, estando dispuesto a combatir, y negándose a rendirse, a inclinar la cabeza. Solamente haciéndolo así podemos derrotar al enemigo y cumplir nuestras tareas Revolucionarias.

Debido a su política correcta y a su liderazgo unificado, nuestro Partido puede conducir a la clase obrera y a todo el pueblo hacia el socialismo. Este liderazgo unificado nace de la unidad de pensamiento y de acción de todos sus miembros.

Sin esta unidad seríamos como una orquesta en la que los tambores suenan por un lado y los instrumentos de viento por otro. No nos sería posible conducir a las masas y hacer la Revolución.

Los dichos y hechos de los miembros del Partido están muy relacionados con la Revolución porque ellos ejercen mucha influencia sobre las masas. Por ejemplo: la actual política de nuestro partido y gobierno es, en general y concreto, organizar equipos de intercambio de trabajo y cooperativas para desarrollar la cooperación agrícola.

Pero un cierto número de miembros del Partido y de la Unión de Jóvenes obreros no se unen a ellos, o habiéndolo hecho, no contribuyen activamente a su construcción y

consolidación. El individualismo es el que ha conducido a estos camaradas a hacer lo que ellos quieren e ir en contra de la organización y disciplina del partido. Deliberadamente o no, sus acciones afectan al prestigio del Partido, dificultan su trabajo e impiden el avance de la Revolución.

Todas las resoluciones y políticas del Partido apuntan a servir a los intereses del pueblo. Por ello, para un miembro del Partido, la moral Revolucionaria consiste en llevarlas a la práctica con resolución, al margen de las dificultades, y dando ejemplo a las masas. Cada miembro del Partido debe elevar su sentido de responsabilidad para con el pueblo y el Partido. Debe guardarse contra el individualismo y oponerse a él con resolución.

Nuestro Partido representa los intereses comunes de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador, no los intereses privados de cualquier grupo o individuo. Esto lo sabe todo el mundo.

La clase obrera lucha no sólo por liberarse a sí misma, sino también para liberar a la humanidad de la opresión y la explotación. Por ello, sus intereses y los del pueblo son los mismos.

El miembro del Partido, en nombre del Partido, representa los intereses de la clase obrera y del pueblo trabajador. Por ello, sus intereses propios se encuentran dentro, no fuera, de los intereses del Partido y de la clase. El éxito y la victoria para el Partido y para la clase significan el éxito y la victoria para el militante. Separado del Partido y de la clase, ningún individuo por mucho talento que tenga, puede llegar a nada.

Para un miembro del Partido, la moral Revolucionaria consiste en poner los intereses del Partido por encima de cualquier cosa, en todas las circunstancias. Si los intereses

del Partido están en contradicción con los del individuo, este último debe dejar paso por completo al primero.

Algunos miembros del Partido que no se han librado del individualismo todavía alardean de <<sus servicios al Partido>>, por los que exigen la <<gratitud>> de éste. Quieren disfrutar de los favores, el honor, rango y privilegio. Si sus deseos no se satisfacen, guardan resentimiento contra el Partido quejándose de que no tienen <<ningún futuro>> y de que son “sacrificados”.

Gradualmente se alejan de él; peor aún, sabotean su política y su disciplina.

Muchos cuadros y combatientes en el período de la lucha clandestina y de la guerra de resistencia han dado heroicamente sus vidas; muchos héroes del trabajo y muchos trabajadores de élite han hecho todo lo posible por aumentar la producción. Esos camaradas nunca han pedido rangos y honores, nunca han exigido el agradecimiento del Partido.

Nuestro partido tiene carácter de masas y cientos de miles de miembros. Debido a la situación en nuestro país, el grueso de los miembros del Partido procede de la pequeña burguesía. No hay nada sorprendente en ello. Al comienzo, bajo la influencia de la ideología burguesa, la posición de algunos miembros del Partido puede carecer de firmeza, su perspectiva puede ser confusa y su pensamiento no del todo correcto, pero debido al hecho de que han sido templados en la Revolución y en la guerra de resistencia, los miembros de nuestro Partido son en general buenos militantes, fieles al Partido y a la Revolución.

Esos camaradas saben que esos miembros del Partido que cometen errores conducirán a las masas al error; por ello, están listos para corregir cualquier equivocación que puedan cometer, en cada momento, y no permiten que se

acumulen pequeños errores para convertirse en grandes errores. Practican con sinceridad la crítica y la autocrítica, lo que les hace posible el progresar juntos.

Esto se ajusta a la moral Revolucionaria. Durante sus muchos años de actividad clandestina, nuestro partido, aunque duramente reprimido por los colonialistas, y encontrándose con numerosas dificultades y peligros, se desarrolló y se volvió más fuerte con cada día que pasaba, y condujo a la Revolución y a la guerra de resistencia a la victoria. Esto es debido a su utilización eficaz de esta afilada arma: la crítica y la autocrítica.

Sin embargo, todavía quedan algunos miembros del Partido quienes, incapaces de desprenderse del individualismo, se vuelven arrogantes y presuntuosos y hacen alarde de sus méritos. Mientras critican a otros, no les gusta que se les critique; evitan la autocrítica o la practican sin sinceridad y seriedad. Temen poder perder imagen y prestigio. No prestan atención a la opinión de las masas e ignoran a los cuadros que no pertenecen al Partido. No se dan cuenta de que es difícil no cometer errores en el propio trabajo. Nosotros no tenemos a los posibles errores, sino al fracaso en corregirlos resueltamente. Para afrontarlos, debemos prestar atención a las críticas de las masas y practicar una autocrítica sincera, de otro modo nos quedaremos rezagados y retrocederemos, lo que nos llevará a ser dejados de lado por las masas. Esta es la consecuencia inevitable del individualismo.

Las fuerzas de la clase obrera y del pueblo trabajador son inmensas, sin límites. Pero deben estar conducidas por el Partido si quieren vencer. Al mismo tiempo, el Partido debe permanecer junto a las masas y organizarlas y dirigir las con habilidad para que la Revolución pueda triunfar.

La moral Revolucionaria consiste en unirse con las masas

en un solo cuerpo, confiando en ellas y prestando atención a sus opiniones. A sus dichos y hechos. Los miembros y cuadros del Partido y de la Unión de Jóvenes Obreros se ganan la confianza del pueblo, su respeto y amor, lo unen estrechamente alrededor del Partido, la organización, educan y lo movilizan de manera que con entusiasmo llevarán a la práctica las políticas y resoluciones del Partido.

Esto lo hemos hecho durante la Revolución y la guerra de resistencia. Pero actualmente, el individualismo está rondando a cierto número de nuestros camaradas. Afirmando ser más listos en todo, se extravían de las masas, se niegan a aprender de ellas y solamente quieren ser sus maestros. Son reluctantes a ocuparse del trabajo de organización, propaganda y educación entre las masas. Se ven infectados por el burocratismo y el comandismo. Como resultado, las masas ni confían en ellos, ni les respetan, mucho menos los quieren. Finalmente, no pueden hacer nada bueno. El norte de nuestro país está avanzando hacia el socialismo. Esta es la urgente aspiración de millones de trabajadores. Esta es la empresa colectiva de las masas trabajadoras bajo el liderazgo de nuestro partido. El individualismo es un gran obstáculo para la construcción del socialismo. Por ello, el éxito del socialismo no puede separarse de la lucha por la eliminación del individualismo.

Luchar contra el individualismo no es <<pisotear los intereses individuales>>. Cada persona tiene su propio carácter, su fortaleza, su vida privada y la de su familia. No hay ningún daño cuando los intereses del individuo no van en contra de los de la colectividad. Pero uno debe darse cuenta de que sólo bajo el régimen socialista cada persona puede mejorar su vida privada y desarrollar su personalidad y sus puntos fuertes.

Ningún régimen iguala al socialismo y al comunismo en mostrar respeto por el hombre, en prestar debida atención a sus legítimos intereses individuales y en asegurar que puedan ser satisfechos. En una sociedad gobernada por la clase explotadora, sólo se satisfacen los intereses individuales de unas cuantas personas pertenecientes a esa clase, mientras que los de las masas trabajadoras quedan pisoteados bajo sus pies. Pero en los sistemas socialistas y comunistas, en los que el pueblo trabajador es el amo, cada hombre es parte del colectivo, desempeña un papel definido en él y contribuye con su parte a la sociedad. Ésta es la razón por la que los intereses del individuo se encuentran dentro de la colectividad y son parte de ella. Solamente cuando se aseguran estos últimos se pueden satisfacer los primeros.

Los intereses del individuo están estrechamente ligados a los de la colectividad. Si hay alguna contradicción entre ellos, la moral Revolucionaria exige que los primeros se rindan frente a los últimos. La Revolución progresa sin cesar. Lo mismo hace el Partido. Y lo mismo debe hacer el Revolucionario.

El movimiento Revolucionario implica a cientos de millones de personas. El trabajo Revolucionario implica miles de tareas extremadamente complejas y difíciles. Para ser capaz de valorar situaciones complejas, ver con claridad las contradicciones y resolver correctamente los diferentes problemas, debemos esforzarnos en estudiar el marxismo – leninismo.

Solamente haciéndolo así podemos consolidar nuestra moral Revolucionaria, mantener con firmeza nuestra posición, elevar nuestro nivel teórico y político y cumplir las tareas que nos confía el Partido.

Estudiar marxismo – leninismo es aprender el espíritu con el que uno debe abordar las cosas, a otra gente y a uno

mismo. Significa estudiar las verdades universales del marxismo – leninismo para aplicarlas creativamente a las condiciones prácticas de nuestro país. Debemos estudiar con vistas a la acción. La teoría debe ir de la mano con la práctica.

Pero algunos camaradas solamente aprenden de memoria unos cuantos libros de marxismo – leninismo. Piensan que entienden el marxismo – leninismo mejor que cualquiera. Sin embargo, cuando se enfrentan a problemas prácticos, o bien actúan de manera mecánica, o se ven sumidos en la confusión. Sus hechos no se corresponden con sus palabras. Estudian libros de marxismo – leninismo, pero no buscan adquirir el espíritu marxista – leninista. Solamente quieren demostrar su conocimiento, no aplicarlo a la acción revolucionaria. Esto también es individualismo.

El individualismo genera cientos de peligrosos males: burocratismo, comandismo, sectarismo, subjetividad, corrupción, despilfarro [...]. Alta y ciega a sus víctimas para que todas sus acciones estén guiadas por su deseo de honor y posición, no por la preocupación por los intereses de la clase y del pueblo.

El individualismo es un enemigo cruel del socialismo. El Revolucionario debe eliminarlo.

Actualmente, la tarea de nuestro Partido y nuestro Pueblo es esforzarse en aumentar la producción y practicar el ahorro para levantar el norte, llevarlo gradualmente al socialismo y convertirlo en una sólida base para la reunificación del país. Esta es una tarea extremadamente gloriosa. Que todos los miembros del Partido y de la Unión de Jóvenes Obreros, que todos los cuadros de dentro y fuera del Partido estén resueltos a dedicar sus vidas a servir al Partido y al Pueblo. Esta es la noble virtud del Revolucionario, ésta es la moral Revolucionaria, el espíritu

del Partido y de la clase que asegura la victoria para el Partido, la clase y el pueblo.

La moral Revolucionaria no cae del cielo. Se desarrolla y consolida mediante perseverancia en la lucha y el esfuerzo diario. Como el jade, cuanto más se pule, más brilla. Como el oro, se vuelve cada vez más puro cuando se le mete en el crisol.

¡Qué mayor fuente de felicidad y gloria que cultivar la propia moral Revolucionaria de manera que produzca una digna contribución a la construcción del Socialismo y a la liberación de la humanidad!


Espero de todo corazón que todos los miembros del Partido y de la Unión de la Juventud Obrera, y que todos los cuadros dentro y fuera del Partido, se esforzarán mucho y progresarán.



CUALES SON LOS FUNDAMENTOS DE LA MORAL COMUNISTA

Adrián J. Bertol
Director de Tinta Roja.
24 de junio de 2014





Podríamos reprochar al obrero cuál es su postura ideológica y moral hoy. Podríamos reprocharle que es individualista, racista y sexista, entre otras cosas. Pero, desde luego, ni de esta manera conseguiríamos modificar su postura, ni conseguiríamos acercarnos a él. Lo que verdaderamente conseguiríamos es perder el contacto con las masas y, a la par, el obrero seguiría siendo igual de individualista, de racista y de sexista.

Por tanto, para poder abordar el tema de la moral, debemos actuar de otro modo. Y, sin duda, el marxismo-leninismo nos da las claves para entender las contradicciones que operan en la conciencia del trabajador bajo el capitalismo y nos proporciona una estrategia para superarlas.

¿Cuál es la moral individualista y cuál es la moral comunista? ¿La moral comunista -y la ideología comunista- es generada por el propio trabajador de manera natural bajo el capitalismo o es introducida desde fuera? ¿Por quién es introducida y cómo? ¿Eso significa que hasta que no se derroque el capitalismo los obreros estarán condenados a ser individualistas, racistas y sexistas?

Este artículo pretende ser un pequeño análisis sobre los fundamentos de la moral comunista para aclarar dudas que pudieran surgir dentro de la batalla que los comunistas libramos hoy contra el oportunismo.

Hoy en día todo está en venta. Cualquier cosa, en tanto mercancía, tiene un valor en el mercado. Y, asimismo, cualquier persona, en tanto que su fuerza de trabajo también es una mercancía más en el proceso de producción¹, también lo es.

Al trabajador se le valora según su valor para la sociedad. Materialmente se le remunera con un salario y es con ese salario mediante el cual tendrá la posibilidad de consumir mercancías. Cuanto más salario tenga, más mercancías consumirá. Y, en medida de su posición dentro del proceso productivo, según su salario y según los productos que consume, todo ello íntimamente relacionado, será valorado socialmente de una u otra forma.

No gozan de la misma valoración social, del mismo estatus, los directivos de una multinacional que los trabajadores sudafricanos que se juegan la vida en las minas. Puede que los segundos tengan unas condiciones de trabajo más difíciles y sean el verdadero sostén de la empresa, pero "de manera automática" se les tiende a situar como inferiores.

¿Inferiores en base a qué? ¿Y por qué "de manera automática"? Porque bajo unas relaciones de producción capitalistas, la conciencia, las ideas que rigen en la mayoría de las cabezas, son ideas capitalistas. No pueden ser de otra manera si se generan bajo un régimen de vida en el que la fuerza de trabajo es una mercancía y, en consecuencia, el ser humano es valorado en tanto mercancía. Así es que, cuando pensamos en los mineros sudafricanos, intuitivamente se tiende a considerarlos inferiores con respecto a los directivos. Incluso, para reforzar esta valoración de desigualdad, podríamos recurrir al racismo.

¹ Definición de proceso de producción en el Diccionario Soviética de Economía Política de Boríshov, Zhamin y Makárova:
<http://www.eumed.net/cursecon/dic/bzm/p/produccion.htm>

Como se puede ver, estamos entrando ya en el terreno de la moral. Un tema que a muchos les puede asustar, en algunos casos porque consideran que la moral no es importante, apelando así al relativismo moral (al nihilismo²), y, en otros casos, porque nuestra posición moral puede resultar superadora de su moral de clase.

A este último respecto, es frecuente escuchar por parte de la burguesía, sobre todo de la más conservadora, continuos llamamientos a la moralidad. En un ámbito ampliado, observamos sus plegarias a la moralidad con la ley contra el aborto aprobada hace unos meses. Pero en ámbitos mucho más cotidianos también podemos percibir esa moral con gran facilidad. Sin ir más lejos, el juicio moral también se aplica mediante los estereotipos sociales que, por poner un ejemplo muy básico, consideran inferior a una persona que no lleva ropa actual o de moda.

Y es que también el sentido estético forma parte de la moral y, asimismo, la moral se genera según la ubicación de la persona en el modo de producción.

¿Acaso tiene la misma moral el directivo que mencionábamos con respecto a un trabajador cualquiera? Es evidente que la moral del primero se situará acorde con la moral dominante y considerará su estatus superior al estatus del trabajador sudafricano. ¿Pero un trabajador puede compartir la misma moral que el directivo que explota tanto al trabajador sudafricano como a él mismo? Recurriendo a lo que ya decíamos,

² El "nihilismo", en líneas generales, es una teoría filosófica que defiende la no existencia de valores universales y niega que la vida tengan un sentido propio. Nihilismos como el de Friedrich Nietzsche apuestan por una vida en que el individuo esté por encima de toda la moral establecida y solo se rija por su voluntad individual (voluntad de poder). Esta moral nietzscheana impregna muchas de las teorías filosóficas que hoy predominan. Por ejemplo, es uno de los pilares fundamentales de las corrientes posmodernas que abiertamente se posicionan en contra del marxismo.

¿acaso un trabajador consciente puede ser racista?

Como podéis ver, ya hemos introducido un nuevo término que no deja al azar el hecho de ser burgués u obrero. Hemos hablado del trabajador "consciente", no de cualquier trabajador.

A pesar de que en el capitalismo el trabajador se cosifique³, esté alienado con respecto a su trabajo y se empape de la ideología dominante, también su propia existencia como trabajador le permite generar otro tipo de conciencia, otro tipo de ideología y otro tipo de moral.

Una moral que se genera en base a las contradicciones que vive en el propio capitalismo. Por poner un caso, la moral colectiva que el trabajador crea en su conciencia por el hecho de formar parte del mismo proceso productivo que otros tantos trabajadores empleados como él en la cadena de montaje. Si el compañero anterior no hace bien su trabajo, si no cumple a tiempo con la ejecución de su tarea, el "marrón" le caerá al siguiente compañero que ejecuta la siguiente tarea.

Una moral que también rompe con otros prejuicios sociales. Como, por ejemplo, la discriminación según el lugar de origen, al depender el trabajador directamente de otro compañero que pudiera haber nacido en cualquier otro rincón del país o en cualquier otro país del mundo. Lo cual, en un mundo interconectado, en la fase imperialista del capitalismo, se da con mucha frecuencia: cada pieza del producto final se produce en una empresa diferente y en un país distinto.

Asimismo, también rompe con la discriminación de género. Porque perfectamente tu compañero de trabajo

³ Cosificación o alienación se pueden considerar sinónimos. La alienación queda descrita por el Diccionario Soviético de Filosofía de Rosental y Iudin: <http://www.filosofia.org/enc/ros/alienaci.htm>

puede ser tanto una mujer como un hombre, y en ambos casos la valoración sobre él será el cumplimiento eficiente de la tarea, no que tenga unos u otros atributos sexuales.

Pero pasa una cosa. Ojalá la forma de vida generara mecánicamente un cambio de conciencia. Así, por el propio hecho de que la producción es social, la distribución de los resultados del producto también tendría que ser social. O, dicho con otras palabras, ahora mismo deberíamos vivir en el Socialismo. Igualmente, no debería existir el individualismo, ni la discriminación racial y tampoco la discriminación de género. En cambio, nos encontramos con una mayoría de la clase obrera que sigue teniendo ideas individualistas, echa la culpa a los inmigrantes de la falta de trabajo y relega a la mujer a un segundo plano.

Si yo no fuera marxista, podría dedicar decenas de folios a explicar mi posición ante estas contradicciones, recurriendo a un sinfín de autores y corrientes ideológicas para complementar las conclusiones desde una u otra perspectiva. En cambio, como tengo un análisis materialista y dialéctico de la sociedad, puedo condensar todo ese desarrollo en unos pocos párrafos. Al fin y al cabo, como trabajador, yo también soy pragmático⁴ y aborrezco a los teóricos que no saben sintetizar su discurso

¿Qué pasa entonces con la moral y la ideología? ¿Cómo puede contradecirse con la propia existencia? ¿Cómo la ideología capitalista se mantiene si la inmensa mayoría de la población mundial es obrera?

En la ideología del trabajador opera la contradicción del capitalismo continuamente. Mientras convive en el día a día con sus compañeros, a la par compite con ellos por el puesto de trabajo.

⁴ "Pragmático" en un sentido cotidiano como defensor de la práctica como criterio de verdad, no relacionado con el "pragmatismo" como teoría filosófica.

Esto se plasma perfectamente en una huelga, cuando a una parte de la plantilla le ofrecen los capitalistas unas condiciones de despido más favorables que al resto para que así se rompa la unidad. En ese momento el trabajador entra en un conflicto moral de gran importancia: puede actuar en su propio interés aceptando esas condiciones mejores, pero esta aceptación le llevaría a romper la unidad que ha forjado con sus compañeros tras largos años de trabajo en común.

En aquellas empresas donde no ha habido una intervención sindical de clase, los trabajadores dejan de lado el factor moral del compañerismo y se decantan por la moral individualista de "salvar el culo". Así la empresa puede echar más de 100 personas a la calle, pero no hay ningún tipo de respuesta y todas las salidas son negociadas (incluso negociadas individualmente). Muy seguramente las condiciones de salida serán mucho peores que si hubiera una lucha colectiva o incluso sería posible impedir el cierre, pero -ante dicha tesitura- la moral capitalista ha ganado.

En cambio, observamos justo lo contrario cuando sí hay una intervención sindical clasista. En vez de primar lo individual, ante una huelga van todos a una y los acuerdos colectivos tomados en las asambleas se superponen a las cavilaciones individuales que provocan dudas acerca del porvenir individual y familiar. Cuando se da esta situación, la mayor parte de los conflictos los ganan los obreros y, en caso de no hacerlo, a pesar de todo, salen de la lucha con la cabeza alta y con la moral íntegra, inquebrantable.

Pongamos los pies en el suelo. Si durante varias décadas no ha habido un sindicalismo de clase, hoy en día no podemos lamentarnos de que la conciencia de muchos trabajadores sea tan individualista. Es en el centro de trabajo donde el trabajador pasa la mayor parte del día y

es el sindicalismo la cantera donde aprende la ideología comunista.

¡Ah! ¡Ideología comunista! ¿Por qué hablamos ahora de ideología comunista y no antes? Porque, si no nos hemos dado cuenta, la moral colectiva de la que hemos hablado, esa que se impone sobre la moral individualista, tiene una parte importante de moral comunista. Es un poco como su inicio, sus primeros pasos. El trabajador genera una moral colectiva por su papel en el proceso de trabajo y es sobre dicha moral sobre la cual se edifica la moral comunista.

Pero esa moral comunista no se genera de por sí. La moral que genera el trabajador de manera natural, en el capitalismo, está cargada de las contradicciones que hemos situado.

Extendiéndolo a un plano más general, también podemos decir lo mismo de la ideología: el trabajador bajo el capitalismo no puede tener una ideología puramente comunista, no puede pensar como si viviera en una sociedad comunista, pero -en cambio- sí puede tener una ideología comunista en tanto que a la hora de actuar bajo el capitalismo, prima los valores comunistas sobre los valores individualistas/capitalistas. En su conciencia seguirá viviendo la contradicción, pero se decantará por la actitud en favor del colectivo.

De esta manera, sin darnos cuenta, hemos llegado a situar una diferencia fundamental entre dos teorías ideológicas que pugnan por dirigir el movimiento obrero: el anarquismo y el marxismo. Mientras el anarquismo explica que es posible la modificación de la ideología del obrero sin alterar primero las relaciones de producción, el marxismo sitúa como primer objetivo la toma del poder para modificar la ideología del obrero solo cuando cambien las relaciones de producción⁵.

⁵ Para un estudio más profundizado de las diferencias entre anarquismo y

Y, entonces, ¿cómo es posible la toma del poder si los obreros aún mantendrán su ideología capitalista? La respuesta aclara por qué los comunistas apostamos por un partido político y los anarquistas reniegan de él.

El marxismo-leninismo es una teoría ideológica que surge de las conclusiones que la intelectualidad saca de su estudio de la sociedad a lo largo de la historia⁶, pero estas ideas no aparecen en la cabeza de los trabajadores automáticamente. Los trabajadores adquieren la ideología socialista cuando la aprehenden, es decir, cuando la adquieren una vez se les traslada desde un partido político de ideología marxista-leninista que interviene allá donde están los obreros, como -por ejemplo- en el movimiento sindical que hemos hablado, haciendo un sindicalismo clasista bien definido. Será en esa lucha donde verán reflejados sus intereses de clase en las posiciones del Partido Comunista y observarán que precisamente la posición de los comunistas rompe la brecha de sus contradicciones en la línea de la moral colectiva que día a día forma en su centro de trabajo.

Por ello generalmente decimos que los trabajadores se ven inclinados "instintivamente" al comunismo, pero esto no quiere decir que "instintivamente" se puedan hacer comunistas.

La única vía para que un trabajador adquiera conciencia de clase y actúe conforme a su realidad como clase social,

socialismo, recomendamos "Anarquismo y Socialismo", de J. Stalin.

⁶ El desarrollo de la teoría del Socialismo Científico es producto del estudio de la sociedad por parte de intelectuales que, analizando las contradicciones de la sociedad capitalista, obtienen la conclusión de que ésta misma porta el germen de otra nueva sociedad, la socialista, en la medida que genera una clase social antagónica a la burguesía que está destinada a tomar el poder. Algunos de estos intelectuales fueron Marx, Engels o Lenin. Una vez se desarrolla esta teoría, se puede fusionar el Socialismo Científico con el movimiento obrero espontáneo, formando así la estrategia comunista. A este respecto recomendamos leer "Qué hacer" de V. I. Lenin.

es adquiriendo la ideología socialista que le traslada el Partido Comunista. Y para eso el Partido Comunista debe ser firme en su ideología. No puede dejarse arrastrar por teorías que no partan del análisis clasista de la sociedad, que no partan del marxismo. De ahí la importancia que le damos a combatir el oportunismo y el revisionismo en todas sus formas.

Porque, sin un análisis marxista, bien podríamos dedicarnos a reprochar al obrero cuál es su postura ideológica y moral hoy. Podríamos reprocharle - continuando el hilo del comienzo- que es individualista, es racista y es sexista. Pero, desde luego, ni de esta manera conseguiríamos modificar su postura, ni conseguiríamos acercarnos a él. Lo que verdaderamente conseguiríamos es perder el contacto con las masas -cayendo en el sectarismo- y, a la par, el obrero seguiría siendo igual de individualista, de racista y de sexista.

En cambio, si mediante la intervención en las luchas con nuestra ideología, siendo conscientes de cuál es su conciencia hoy, conseguimos que se organice en una estructura sindical⁷ y, en los casos de los trabajadores más conscientes, en la propia organización comunista, entonces sí podremos modificar su conciencia porque estas estructuras -la estructura sindical dependiendo de la dirección que ejerza sobre ella el Partido y en el propio Partido al tener bien definidos sus principios- sí son independientes con respecto a la ideología burguesa y en ellas la propia conducta -la propia moralidad- se guía según la moral comunista.

Dentro de la organización comunista se debe procurar por

⁷El artículo se desarrolla mediante el análisis de la posición del trabajador como asalariado. Puede extenderse al estudiantado en el caso de la juventud, como por ejemplo a la hora de organizarse primero en estructuras de masas y luego en la organización juvenil comunista, aunque existirán diferencias porque no ocupan en sí un lugar en la producción capitalista.

todos los medios que la actitud moral de los integrantes sea comunista. Porque es precisamente en la militancia comunista donde el trabajador aprende a afianzar la moral colectiva, debatiendo cada uno de los asuntos de la organización, repartiendo las tareas con sus compañeros, respetando los acuerdos colectivos, haciendo crítica y autocrítica, rindiendo cuentas acerca del trabajo realizado, etc. En ella sí que no pueden quedar impunes las posiciones individualistas, racistas, sexistas u otras tantas negativas que pudieran percibirse.

No obstante, a pesar de todo, y por desgracia, es muy probable que éstas se den, pues el comunista también vive en la sociedad capitalista y convive con personas no comunistas o incluso no obreras, pero es fundamental que tenga la voluntad de superarlas. Más aún en el caso de la organización juvenil comunista, que es una escuela de comunistas, no una organización de cuadros comunistas ya formados.

Porque no es que entendamos el individualismo, el racismo o el sexismo como cosas independientes y que, por tanto, requieren teorías diferentes para poder explicarlos; sino que como marxistas explicamos el individualismo, el racismo o el sexismo como resultado de las contradicciones que el trabajador vive bajo la sociedad capitalista (en el texto hemos visto cuál es el origen de esas conductas). E, igualmente, por eso mismo, nos atrevemos a afirmar que solo nosotros podemos ser capaces de modificar dichas actitudes morales, que tienen un claro carácter de clase y que rompen frontalmente con el más profundo de nuestros principios: la igualdad entre todos los seres humanos, sea cual sea su trabajo, raza o género.

Como hemos dicho, la estrategia del Partido Comunista es la toma del poder. Será en las luchas que el Partido -y la

Juventud Comunista- traten de organizar a los obreros en estructuras de clase (las estructuras del Frente Obrero y Popular) y de esas estructuras de clase extraigan a los obreros más conscientes, a los cuales formará en la ideología marxista para que así actúen según sus intereses de clase.

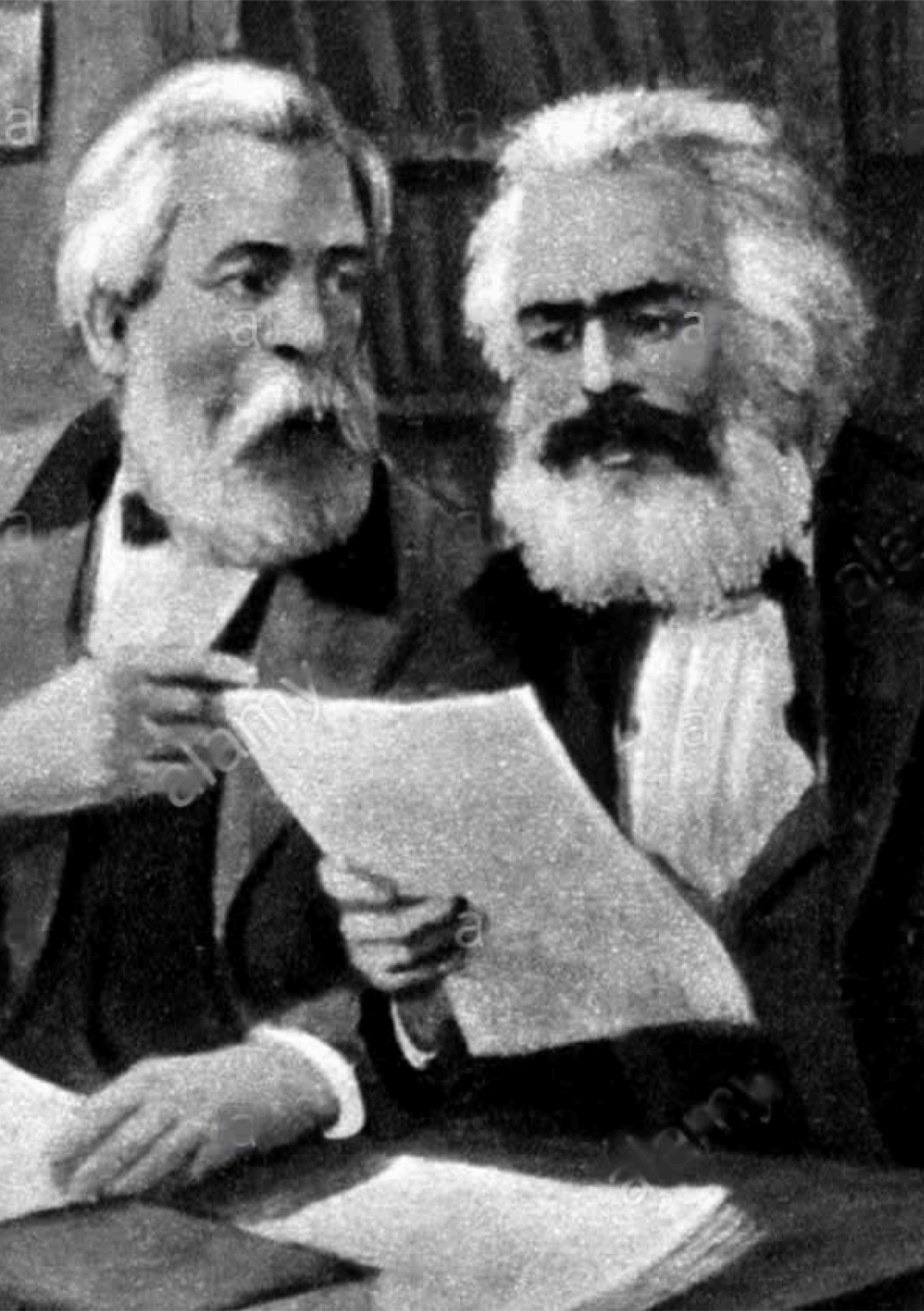
A continuación podríamos detenernos a analizar cuestiones trascendentales como si los comunistas apostamos por concienciar al 100% de los trabajadores antes de la toma del poder (si debemos ganar la "hegemonía") o si, en cambio, nuestra apuesta es organizar un núcleo duro que en un momento determinado pueda "tomar el cielo por asalto" (debemos asumir la "dirección"). Pero este debate acerca de "dirección" o "hegemonía" lo dejamos para posibles artículos posteriores. Por el momento queremos centrar el análisis en la relación entre la base o infraestructura de la sociedad (las relaciones de producción, lo material) y la superestructura (la ideología, la moral..., lo ideal). Y no lo hacemos con una intención puramente teórica, sino más bien al contrario: queremos que los camaradas que nos lean puedan detectar dichas contradicciones en la intervención que hacen en el día a día ante las masas y dentro de la propia Juventud Comunista.




ASPECTOS ÉTICOS EN EL MANIFESTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE MARX Y ENGELS

*Jaime Caycedo**

** Profesor de la Universidad Nacional de Colombia, ex Secretario general del partido comunista colombiano.*





Preguntarse por el metadiscurso ético en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels es un propósito osado. Es conocido que nunca hicieron referencia explícita a este tipo de problemática. Menos en un texto preciso de carácter programático y de clara intención política. Es más, en múltiples ocasiones, se esforzaron por apartar sus propuestas de todo referente ético por lo común identificado para ellos con la ideología y el moralismo reaccionarios. Solamente a costa de poder incurrir en extrapolaciones inconvenientes, corriendo conscientemente ese riesgo e intentando – sin embargo – ser consecuentes con el sentido profundo del Manifiesto tal como lo podemos leer hoy, en el marco de la crisis mundial que afecta y remueve todos los valores axiológicos, nos proponemos una lectura a la luz de consideraciones éticas.

El propósito de este empeño es doble. Por una parte busca proseguir el esfuerzo de los estudiosos – comenzando por Marx y Engels – de considerar la historicidad del Manifiesto, la relación con su contexto revolucionario y el carácter provisional de varios de sus formulaciones tal y como fueron expuestas en su momento. Hijo de su hora y condicionado por ella no obstante el Manifiesto expresa razones y resonancias más profundas, algunas explícitas en los trabajos teóricos y políticos o en la acción práctica de sus autores o de los continuadores de éstos. El sólo hecho de haber inspirado la acción de miles de personas,

de haber educado el espíritu organizacional moderno de partidos y movimientos, de haber orientado el concepto de programa o proyecto político indica que en sus ejes principales obran razones que mueven a la acción y a un tipo de actuar unido a la razón, al conocimiento científico y a valores de base humanista y democrática.

Por otra parte tenemos elementos para suponer que hay enunciados morales implícitos en el discurso del Manifiesto, dirigidos a motivar la acción independiente de la clase obrera y el significado de sus actos en el marco de la lucha de clases, con la condición de establecer lo más precisamente posible el estatuto de su diferencia con toda ética abstracta aunque sin rechazar la probabilidad de imperativos morales concretos que sustentan el sentido práctico necesario para la transformación de la sociedad, fundamento indispensable para el florecimiento de las condiciones materiales y subjetivas de una ética de la libertad.

De allí que nos propongamos una lectura del Manifiesto que parte de aclarar su distinción con el utopismo, o dicho de otra manera, con el socialismo y comunismo crítico utópicos. Desvanecido el fantasma de un tipo de sociedad ideal, de un modelo racional pensado para corregir los males del mundo real, de normas o de principios abstractos a los cuales deban someterse sus participantes o de métodos discursivos o de ejemplo con los cuales persuadir o educar como formas exclusivas de acción, buscamos que aparezca el referente real al que remite el tipo de acción planteada por el Manifiesto.

Así mismo, al aparecer la perspectiva de una emancipación humana plena, emancipación de la explotación asalariada y emancipación de las separaciones, diferenciaciones y desuniones generadas por la división del trabajo y la competencia tratamos de

comprender el sentido de la intervención política del proletariado como un medio de realización de la vía para la liberación y el surgimiento de una «asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos». Es lo que aparece más claramente en el capítulo II, Proletarios y Comunistas. Aquí hay una ética de la libertad que abarca el campo de lo social y de lo político, que interrelaciona los objetivos de la democracia y el socialismo, que genera la hipótesis de una transición social, ella misma cambiante de acuerdo con las circunstancias, como lo harán notar en el prólogo del 1872 los autores del Manifiesto en relación a sus diez puntos programáticos.

Por último, analizaremos los temas que en los capítulos I, II y IV tratan de caracterizar, en situaciones distintas las posiciones y conductas de los comunistas. Aquí podrían verse los rasgos de ciertas actitudes racionales que asumen (¿o deben asumir?) los comunistas, que los distinguen, sin diferenciarlos, del conjunto de los proletarios y que por lo tanto inducen a pensar en valores que guían posturas identificatorias y vinculantes como expresiones éticas de una cultura política que enlaza con el humanismo y la democracia. Veamos de cerca los pasos propuestos.

LA CRÍTICA DEL UTOPISMO

La crítica de la utopía en el Manifiesto es cuidadosa y matizada. Ocupa el capítulo III sobre Literatura Socialista y Comunista, en su tercer acápite titulado El Socialismo y el Comunismo Crítico-Utópicos.

Es, en primer término, un reconocimiento, en el caso de estas concepciones, de su vínculo con la experiencia revolucionaria moderna en la que la clase obrera no tenía

aún la fuerza, la formación suficiente ni existían las condiciones materiales del desarrollo económico-social para erigir un proyecto socio-político propio claramente identificable. Registra por lo tanto el hecho de que los socialistas utópicos detectan el problema social profundo en que está enfrascada la sociedad moderna. Es en la crítica a fondo de la sociedad y el estado de cosas existente en donde disciernen los rasgos futuros de un orden social diferente.

Los socialistas utópicos son «inventores de sistemas» que trazan los rasgos generales de un proyecto ideal compuesto de partes experimentales (falansterios, home-colonies o la pequeña Icaria) cuyo referente mencionado en el Manifiesto, es La Nueva Jerusalén (pero podría ser también la República de Utopía, La Ciudad del Sol o La Nueva Atlántida), es decir, la imagen de un país o una sociedad ideales.

En su sentido crítico, señala el Manifiesto, los socialistas utópicos comprenden el significado de los antagonismos sociales pero, por una parte, no otorgan al proletariado ningún tipo de «iniciativa histórica, ningún movimiento político propio» ni logran, por otra, descubrir «las condiciones materiales de la emancipación del proletariado».

En cuanto a esto último sin duda el Manifiesto critica el sentido ingenuo o lo que podríamos también llamar la inocencia del socialismo utópico al proponerse unos objetivos complejos y de largo alcance por unos procedimientos que incluyen una metodología basada en la persuasión del discurso y del ejemplo experimental. Esta concepción es la que sitúa el proyecto utopista «por encima de todo antagonismo de clase», es decir, por fuera del conflicto social real y lo hace incapaz de adquirir algún resultado concreto.

La crítica a la utopía en la concepción y los métodos se conecta con otra que tiene un sentido de mayor alcance. Es aquella que ataca en el socialismo utópico el desconocimiento de la clase obrera como una fuerza social dinámica, como un sujeto del cambio social, y la advierte como centro de sus preocupaciones únicamente por «ser la clase que más sufre». Esta subvaloración del sujeto y de su potencial revolucionario transformador, reducidos a la pasividad del padecer, es la fuente de la incompreensión de su «iniciativa histórica» que el Manifiesto identifica con el actuar propio en tanto movimiento político. Por lo tanto la ausencia de acción práctica resume la crítica principal al socialismo utópico. Para el utopismo no es visible la praxis política transformadora como iniciativa histórica de la clase obrera.

La utopía describe un escenario sintomático. Muchos de sus elementos, denuncias y previsiones alientan la lucha de los oprimidos. Al ubicarse por fuera de la dinámica social real pierde sus nexos con sus condiciones de realización. Entre el ideal y el presente median herramientas inadecuadas que no toman en cuenta el contexto de una realidad que impone también las condiciones: la realidad de los procesos y métodos revolucionarios, sobre todo de la Gran revolución francesa y los levantamientos obreros del primer tercio del siglo XIX. Como se sabe esta contextualización es vital para los autores del Manifiesto.

Independientemente de los métodos lo que sobresale es la importancia que otorga el Manifiesto a la praxis política sin la cual el sujeto transformador no puede constituirse realmente como tal, aún en un contexto revolucionario. Así, a partir de la crítica de la utopía en el socialismo utópico podemos apreciar la exigencia, que es permanente en el Manifiesto, de que el proletariado se eleve hasta al rango

de clase dominante mediante el uso y ejercicio del poder político. Este imperativo de conducta está en las antípodas del utopismo y busca realizar un ideal humanista, ampliamente compartido con el utopismo, pero que, a diferencia de éste, parte de transformar las condiciones de existencia que hacen de la sociedad vigente algo criticable que merece ser sustituido por un nuevo orden social.

UNA ÉTICA DE LA LIBERTAD

Algunos autores señalan en Marx, a pesar de no encontrarse en él ninguna referencia explícita, las líneas gruesas de una ética de la libertad. Así Stefano Petrucciani, al recoger el debate anglo-norteamericano al respecto, afirma que «la crítica marxista de la sociedad es, en esencia, una crítica orientada por el valor fundamental de la libertad». Sin embargo, lejos de constituir una referencia simplificadora este aserto remite a la discusión sobre la concepción de Marx acerca de la libertad, sobre lo cual existen numerosas interpretaciones. Para Petrucciani la libertad en Marx exige no sólo autodeterminación consciente de la persona sino la posibilidad de su desarrollo multilateral, la posibilidad de realizarse en actividades que sean fines en sí mismas y no impuestas por la necesidad exterior. Así mismo, esa libertad sólo puede ser alcanzada en comunidad o en asociación de individuos libres. Pero, además, con la característica de que tal visión de la libertad no se impone como un deber ser sino surge del desarrollo real.

Si esto es así como lo permite comprender el propio texto del Manifiesto las condiciones que hacen posibles unas proposiciones éticas están en la realidad misma. Esta realidad es, a la altura del Manifiesto, la avasallante constitución del mundo moderno, bajo el liderazgo de la burguesía, como lo señala Marshall Berman, que crea y

arrastra sus propias contradicciones hasta el punto de amenazar con ser desbordada por las mismas fuerzas que ese desarrollo ha desatado. El estado de cosas resultante es histórico y altamente contradictorio. Lleva a su punto más agudo la lucha de clases como fenómeno característico de la pugna de intereses encontrados en la sociedad. En tal sentido puede afirmarse que la sociedad capitalista:

1) acarrea como consecuencia el más conflictivo grado de explotación del hombre por el hombre, la desunión entre los seres humanos y la oposición entre unos y otros, la competencia más desenfrenada entre los propios trabajadores bajo los apremios de la necesidad externa; en síntesis, establece una desigual distribución del poder de decisión de unos seres humanos sobre otros con su secuela de opresión, injusticia y violencia; bajo estas circunstancias los conceptos predominantes de libertad, justicia, moral, son aquellos que legitiman la dominación de los poderosos y son por lo tanto una burla de sus referentes reales; tal es la base de la crítica marxista de los valores burgueses a los que caracteriza por su unilateralidad, su funcionalidad para la dominación ideológica y para legitimar el estado de cosas existente;

2) a su vez toda esta situación alimenta, consecuentemente, la necesidad de la revolución, del cambio, que muestra, en el largo plazo, la inestabilidad del modelo constituido y, por consiguiente

3) la posibilidad real de que la intervención práctica consciente de los seres humanos no sólo modifique sino transforme radicalmente tal estado de cosas; dicha intervención exige la identificación entre un conocimiento cierto (científico) de las causas estructurales que sustentan los rasgos promotores de la opresión, injusticia, egoísmo, inmoralidad, característicos del capitalismo y el

proyecto de acción para sustituirlo junto con los sujetos que por su convergencia de intereses pueden luchar efectivamente para erradicar esas causas.

La ética de la libertad opera aquí con un sentido de emancipación social del sector que en la sociedad (valga la redundancia) no sólo sufre la explotación sino que puede intervenir con su acción las fuerzas productivas, el conocimiento y la cultura en función de un nuevo proyecto. A la vez que se propone la liberación de toda opresión creada por la explotación del hombre por el hombre la emancipación social implica una función constructora de sociedad, es decir, de nuevas relaciones entre los seres humanos fundadas en una concepción que ataca la raíz esencial del problema: la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción y control social. Esta liberación/emancipación tiene la característica de proponerse como autoconstrucción del sujeto alternativo, esto es, la apropiación por la clase obrera de la democracia y de la organización como medios de realización de su propio ser y de las tareas que la realidad le impone.

Esas tareas que se desprenden del objetivo liberador/emancipador exigen del proletariado convertirse en dominación, es decir, hacer suyo el campo de la política, actuar en el escenario de sus enemigos jurados, los personeros del viejo régimen y la propia burguesía, pero con las herramientas que la propia modernidad ha construido para la justa interrelación entre lo individual y lo colectivo: la democracia y la organización.

Entremos en una lectura más de cerca. Para el Manifiesto, en el marco de una situación revolucionaria, esas tareas se comportan como normas de acción para el sujeto en la pugna de intereses. La intervención humana práctica se materializa en un sujeto calificado en el marco de la lucha

de clases. No todo el mundo clasifica – en razón de la diferencia de intereses – en el campo de la lucha libertaria. También hay que reconocer que no cierra las puertas. Entre el proletariado, visto como partido, la clase obrera y aun el espacio de las fuerzas, entonces muy variadas, que batallan por la democracia, hay vínculos y propuestas no solo posibles sino obligatorias en la medida que van «contra el régimen social y político existente» (Capítulo IV, pg 67).

Es la lucha por el poder político para el proletariado, es decir, por una forma de la dominación de un carácter completamente distinto de como lo ha sido hasta entonces, por consiguiente una dominación de la mayoría erigida en clase y constituida en poder para introducir el cambio. Ese poder de la mayoría, siempre en el marco de la revolución, sugiere una búsqueda de legitimidad frente a las medidas de «violación despótica» que deben ser tomadas «al principio» exclusivamente para modificar las relaciones burguesas de propiedad, como reza el texto del Manifiesto (Capítulo II, pg. 52). Es el espacio de las medidas no consensuales pero afirmadas en la democracia investida con funciones extraordinarias transitorias. Las medidas también tienen un carácter no sólo transformador sino portador de legitimidad en razón del objetivo que se proponen. Ellas constituyen, en su relativismo y condicionamiento nacional, el conjunto de propuestas programáticas, de carácter democrático unas y anticapitalista otras, que se resumen en los 10 puntos del Capítulo II. Ahora, tengamos en cuenta que aplicarlas es un deber del proletariado: pero su forma de aplicación, su adecuación en tal o cual país depende de las circunstancias, sociales y políticas que enmarcan la situación real.

Intentemos concluir provisionalmente. Estamos ante una

ética que, sin embargo, condiciona sus normas, primero, a un actuar en el campo de lo político (campo también relativo puesto que está destinado, históricamente, a desaparecer) y, luego, no pretende imponerlas rígidamente como si fueran un recetario insustituible sino de acuerdo a las conveniencias más favorables al proceso en su conjunto. Puede objetarse que todo esto sucede en un momento singular, en un momento de crisis generalizada de la sociedad, en una situación revolucionaria. Es decir, en un ambiente en el que solo son posibles las actuaciones singulares y heroicas. El Manifiesto mira este hecho desde otra dimensión. Es que la idea de una lucha política fundada en valores morales libertarios, que implica restricciones y sacrificios en una situación revolucionaria, puede inspirar la lucha obrera en condiciones no revolucionarias como lo atestigua la historia ulterior del movimiento obrero. En medio de la pugna y la confrontación (fuerte o suave) hay un principio de reordenamiento racional que motiva y mueve a esas mayorías a desempeñar un papel que se materializa en la apropiación de la política, en el ejercicio del poder y en la introducción del programa de transformaciones que deben conducir al surgimiento de esa nueva asociación de hombres libres.

Los presupuestos normativos de una crítica marxista del capitalismo inspiran modos de actuar conducentes, no a formar una nueva sociedad ideal sino a introducir un nuevo estado de cosas: una redistribución social de la riqueza y la propiedad, una universalización de la educación, una igualdad de los individuos en el acceso a las condiciones de la vida social, estado de cosas, que como queda dicho, hace posible que surja una nueva asociación de individuos libres, cuya libertad de autorrealización multifacética es la condición de la libertad de todos en tanto comunidad.

LA FUNCIÓN DE LOS COMUNISTAS

Hay un presupuesto ético en la actitud y la conducta que el Manifiesto prevé para los comunistas. Es la propuesta de su no diferencia con el resto del proletariado: no tienen intereses distintos, no proclaman principios especiales a los que deba amoldarse el movimiento. Solo se distinguen de los demás partidos proletarios en su valoración de los intereses comunes del proletariado por encima de la nacionalidad y en su capacidad de representar siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

En otras palabras: es el compromiso práctico de ser el sector más avanzado y resuelto, con capacidad de iniciativa en cada país y la ventaja teórica de esforzarse por llevar la comprensión clara, científica, del desarrollo y las perspectivas del movimiento. Si lo que hemos dicho anteriormente tiene algún sentido, la «posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general» es la de utilizar sus ventajas teóricas y su actividad práctica para impulsar la lucha obrera a la acción política y a la mayor comprensión de su papel en el proceso de modernización y de profundización de la intervención social ampliada, esto es, popular, en el espacio político y la lucha por el poder. Esa intervención social ampliada se expresa como democracia en tanto legitimación del programa transformador que las necesidades y las condiciones permiten establecer para la sociedad.

Dicho de otra forma. Se prefigura la nueva comunidad de seres humanos libres, vale decir, asociados libremente en razón de sus intereses comunes, los cuales unen (deben unir) por encima de las barreras político-estatales y étnicas (estados nacionales) o las separaciones impuestas por la división del trabajo y la competencia entre los obreros. Esa asociación histórica consciente y abierta, esto es, inclusiva como ya se señaló, clave para la

superación del estado de cosas que imposibilita el surgimiento de las condiciones de la nueva sociedad, está destinada a transformarse a sí misma y a suprimirse en el devenir con la extinción de las clases, de la lucha de clases y del Estado. Mira, por lo tanto, hacia el futuro en una perspectiva de armonía en donde serán posibles relaciones intersubjetivas de carácter universal. Ese papel exige, en lo inmediato, decisiones enérgicas en el ejercicio del poder, es decir, una voluntad común consciente de actuar para producir el desmonte de las relaciones de propiedad y producción que imponen la explotación de unos seres humanos por otros.

Este proceso de autoliberación implica una moral concreta, históricamente en formación, cuya materialización definitiva depende de la profundidad de los cambios producidos en las relaciones sociales y en el tejido de relaciones ideológicas de las que la moral hace parte. Esa moral puede entenderse como en contraposición con la estrecha limitación, hipocresía y mezquindad de la moral que la sociedad burguesa acredita como universal. Es esto lo que primordialmente transmite el Manifiesto. Punto por punto, la alternativa moral se está construyendo en la conducta y las tareas del proletariado que pugna por el cambio transformador revolucionario. La crítica burguesa a los comunistas que el Manifiesto responde, muestra, por una parte, la inconsecuencia, falsedad o sofística de los argumentos anticomunistas. Pero, por otra, señala el cambio que se ha producido en las bases históricas y materiales de la sociedad burguesa que son el fundamento de las nuevas condiciones que permiten comprender la justificación moral del actuar del proletariado.

Es la discusión del Capítulo II acerca de la abolición de las «verdades eternas» por el comunismo. Recordemos al respecto lo que dice el Manifiesto:

«... no tiene nada de asombroso que la consciencia social de todos los siglos, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas – formas de consciencia – que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase» (Capítulo II, pg. 52).

Esta promesa de cambio en las formas de la consciencia social expresa el testimonio de una situación ya en movimiento: en medio del estado de cosas realmente existente se están creando los fundamentos de la nueva consciencia social cuyo elemento más avanzado resume el Manifiesto como la conducta, el imperativo moral que asumen los comunistas y el proletariado de frente a tal estado de cosas. Ese imperativo moral, en su materialización política y práctica, esto es, «la desaparición definitiva de los antagonismos de clase», es parte sustantiva de la transformación social a la vez que contribuye a crear las condiciones de la nueva libertad de los individuos y de las nuevas relaciones intersubjetivas, es decir, de la nueva consciencia social.

La base social y material de ese imperativo moral está en la realidad misma:

«El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación» (Capítulo I, pg. 43).

Unión mediante la asociación. Un proceso complejo en dos sentidos: es impuesto por la nueva necesidad del desarrollo económico y social pero, a la vez, exige consciencia y por lo tanto coincidencia del conocimiento, de la voluntad y del acto inspirado en la decisión política y en una justificación moral. Proceso que es parte de la

constitución del proletariado como clase y como partido, que incluye su organización asociativa bajo la presión de sus condiciones de existencia y en lucha contra ellas, pero que es, por eso mismo, autoconstrucción como sujeto al asumir la consciencia de su situación y, por lo tanto, de sus deberes en el marco de la revolución en tanto momento crítico del cambio.

No existen en el Manifiesto prescripciones para una nueva moral, ni siquiera referencias a contrario de la moral burguesa que se expliciten en una idea de la justicia, del bien, del buen obrar, etc. Existe si una noción relativista de la moral que la remite a una función social justificatoria del «estado de cosas existente», que le atribuye, por lo tanto, una razón de ser de clase y, en consecuencia, la hace histórica. Según eso, no hay principios eternos sino formas de la consciencia social destinados a cambiar al modificarse sus condiciones materiales de existencia. Cada clase necesita justificar su dominación y el proletariado, al obrar con radicalidad frente al mundo existente, tendría que justificar la suya.

Ahora bien, en lugar de esto, encontramos una toma de distancia frente a los moralismos utopistas y un enunciado de conductas necesarias, que tienen un substrato en la realidad material socio-económica pero que debe ser asumido como consciencia ideológica y política. Ese enunciado de conductas implica actuar sobre la superestructura política, donde se asienta la palanca de cambios del poder. El sujeto revolucionario, el proletariado, en su sentido más amplio e inclusivo, asume imperativos que no son, por lo menos en las condiciones de una coyuntura revolucionaria, puramente opcionales. La teoría comunista implica la comprensión de la necesidad del deber ser y la voluntad para actuar consecuentemente por los objetivos propuestos. El proyecto de sociedad no

enunciado se manifiesta como creación de una sociedad de transición, con base en las medidas revolucionarias necesarias de cuyo desarrollo, siempre sujeto a las condiciones particulares, deben surgir las nuevas relaciones sociales e intersubjetivas. Ellas son relaciones libres, no compelidas por la necesidad y conscientemente elegidas por los participantes.

Lo que aparece aquí remite al análisis de los textos políticos de Marx y Engels en cuanto perfila la idea de una ética de la acción práctica concreta que convoca al actuar político como su escenario. Una ética del actuar político que tiene diversas interpretaciones vistas desde el presente. Y que requeriría examinar las experiencias prácticas de desarrollo del discurso marxista en las diversas variantes del socialismo real, incluido el que estrepitosamente dejó de existir en la exURSS y la Europa del Este.

Al limitarnos al panorama que nos ofrece el Manifiesto, podemos decir que existe una crítica profunda de la moral como herramienta de liberación humana. Es la crítica del proyecto socialista utópico. Esa crítica no invalida, sin embargo, lo que dicho proyecto tiene de sintomático, su voz de denuncia del mundo existente, su comprensión de la necesidad de transformarlo. El papel de la ideología moral como medio de impulsar el cambio es sustituido por otro enfoque, el de la acción y la organización del proletariado. El discurso comunista, justifica teóricamente unos nuevos principios y un nuevo imperativo moral adaptado a la tarea transformadora y revolucionaria, sin expresarlo en forma explícita en el texto. El discurso utópico juega como una posibilidad, entre otras, contenida en el desarrollo real de los cambios del mundo existente. Cambios que, guiados por la consciencia comunista, deben modificar la realidad existente en sentido favorable al surgimiento de un mundo moral humano y verdaderamente libre.



LA MORAL REVOLUCIONARIA, UNA FUERZA EN MANOS DE LOS OPRIMIDOS

El presente documento fue
compilado, traducido y corregido por
Luis Adaniya Takaesu (1985)



EL GRITO
DEL PUEBLO
ES DE GUERRA
Y VICTORIA

1. DEFINICIÓN

El “Léxico Filosófico” da la siguiente definición general de la moral:

“La moral es una de las formas ideológicas de la sociedad. Constituye, en determinadas condiciones de la historia de la sociedad, las reglas de conducta que rigen la vida común de los hombres, es decir, las normas formuladas por una sociedad determinada y por una clase determinada a las cuales deben conformarse las acciones de los hombres.

El cumplimiento de las normas de la moral difiere del de las leyes; no se apoya en la fuerza de la sociedad, sino que se sirve de categorías morales (el bien y el mal, lo justo y lo injusto...), de la opinión social, de la creencia de los hombres, de la fuerza de la costumbre, para apreciar, influenciar y poner límites a las acciones de los hombres.

La moral es reflejo del ser social, la superestructura de una base económica determinada...”.

(Ed. Pekín, p. 210, en francés)

2. TODA MORAL ES UNA MORAL DE CLASE

2.1. Marx y Engels sobre la moral

El materialismo histórico ha dado, por primera vez en la

historia de la humanidad, una explicación científica de la moral, ha mostrado su carácter dinámico y su contenido de clase en una sociedad de clase.

Marx lo explica así en el Prólogo de su "Contribución a la Crítica de la Economía Política":

"En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia".

(Obras Escogidas, en un Tomo, Progreso, Moscú, p. 182)

A propósito del contenido de clase de toda moral, Engels indica en el Anti-Düring:

"Toda teoría moral que ha existido hasta hoy es el producto, en última instancia, de la situación económica de cada sociedad. Y como la sociedad se ha movido hasta ahora en contraposiciones de clase, la moral fue siempre una moral de clase; o bien justificaba el dominio y los intereses de la clase dominante, o bien, en cuanto que la clase oprimida se hizo lo suficientemente fuerte, representó la irritación de los oprimidos contra aquel dominio y los intereses de dichos oprimidos orientados al futuro. Todo esto no nos

hace dudar de que, al igual que en las demás ramas del conocimiento humano, también en la moral se ha producido a grandes rasgos un progreso. Pero todavía no hemos rebasado la moral de clase. Una moral realmente humana que esté por encima de las contraposiciones de clase, y por encima del recuerdo de ellas, no será posible sino en un estadio social que no sólo haya superado la contraposición de clases, sino que la haya además olvidado para la práctica de la vida”.

(Grijalbo, México, 1968, p. 83)

2.2. La moral comunista es la moral del proletariado que representa los intereses de todos los explotados. ¿Cuál es el contenido de esta moral?

Lenin, en “Tareas de las Juventudes Comunistas”, indica su esencia:

“Nuestra moral está enteramente subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado. Nuestra ética tiene por punto de partida los intereses de la lucha de clases del proletariado (...).

Es moral lo que sirve para destruir la antigua sociedad explotadora y para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado (...).

La moral comunista es la que sirve para esta lucha, la que une a los trabajadores contra toda explotación (...).

Para un comunista, toda la moral reside en esta disciplina solidaria y unida y en esta lucha consciente de las masas contra los explotadores”.

(ELE, Beijing, 1976, p. 12-16)

Ho Chi Minh precisa lo que son las reglas de conducta de un revolucionario:

“Luchar toda la vida por el Partido y la revolución. He ahí el punto fundamental.

- Trabajar con todas sus fuerzas para el Partido, mantener firme su disciplina, aplicar bien su línea y su política.
- Poner el interés del Partido y del pueblo trabajador antes y por encima del interés personal. Servir al pueblo con todo su corazón y con todas sus fuerzas. Luchar con abnegación. Es interés del Partido y del pueblo mostrarse ejemplar desde todos los puntos de vista.
- Estudiar con aplicación el marxismo-leninismo, servirse constantemente de la autocrítica y de la crítica para elevar su nivel ideológico, mejorar su trabajo y progresar con sus camaradas.”

(“Ecritos”, p. 201, en francés).

LOS FUNDAMENTOS DE LA MORAL COMUNISTA

La moral comunista se basa en dos principios fundamentales:

Un conocimiento científico del mundo y de la historia humana basado en el materialismo histórico y dialéctico.

Un optimismo revolucionario que se deriva de dicho conocimiento científico.

1. EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO DEL MUNDO

1.1. Un compromiso basado en el socialismo científico

Los descubrimientos fundamentales de Marx sobre la concepción general de la historia y la explicación de las relaciones antagónicas entre el capital y el trabajo,

demuestran que las contradicciones entre explotadores y explotados sólo pueden acrecentarse y que únicamente serán resueltas por la revolución socialista y la victoria del proletariado. Demostrando que la apropiación de trabajo no pagado (plusvalía) es la forma fundamental del modo de producción capitalista y de la explotación del obrero, Marx puso al desnudo el sistema capitalista: acumulación de riqueza en manos de una minoría por la explotación de una mayoría; propiedad privada de los medios de producción y de los productos en oposición a la producción social; crisis periódicas de sobreproducción que ocasionan la destrucción de algunos medios de producción por el propio capitalismo.

Se puede llegar al Partido atraído por la simpatía hacia la clase obrera, por la lucha contra la explotación y la injusticia. Pero nunca se podrá ser verdadero comunista si no se realizan esfuerzos por hacer más consciente la elección, por acceder al análisis científico, político y económico que constituye la base del compromiso comunista.... los revolucionarios ponen en evidencia el hecho de que su compromiso revolucionario es una opción de clase consciente, basada en un análisis científico de la historia y de la realidad política. Por esto, precisamente, la responsabilidad personal es puesta en evidencia: se es responsable personalmente de la elección, de la fidelidad a la propia elección. Diversas razones pueden conducirlo a uno a optar por la clase oprimida contra el capitalismo. Pero esta elección sólo es un comienzo. Una larga práctica revolucionaria, un estudio profundo del marxismo-leninismo y de la situación concreta, son necesarios para consolidar una elección consciente, inquebrantable en favor de la lucha de la clase obrera.

1.2. Un compromiso constantemente renovado

Una opción fundamental se presenta ante cada uno de

nosotros: ir en el sentido de la historia y comprometerse en la lucha revolucionaria; o ser cómplice de la explotación, de la mentira y de la opresión.

Optar por la revolución es una cosa diferente que seguir una moda pasajera, como fue el caso de un gran número de intelectuales en 1968. Implica un compromiso absoluto y constante por la causa revolucionaria de la clase obrera y de los pueblos oprimidos. Es una ruptura completa en relación al individualismo de la burguesía que coloca el interés personal por encima de todo, a expensas de la colectividad.

Una opción por la revolución socialista no se toma de una vez por todas. La lucha de clases adquiere nuevas formas constantemente y un comunista debe permanecer activo siempre. La elección se presenta de nuevo, sobre todo, cuando se vislumbra o sobreviene un cambio en la situación económica, política o militar: revolución o capitulación, revolución o aventurerismo.

A fin de ser capaz de optar por la vía revolucionaria en caso de cambios repentinos, de nuevas dificultades y fracasos, es necesario adquirir un conocimiento científico de las lecciones de la lucha revolucionaria del pasado.

2. EL OPTIMISMO REVOLUCIONARIO

2.1. El optimismo basado en el conocimiento del materialismo histórico

Los revolucionarios saben que su trabajo va en el mismo sentido del desarrollo inevitable de la historia que responde a las necesidades objetivas de la humanidad.

Lenin dice sobre este tema:

“Esto es lo que deberían aprender de Marx los

intelectuales marxistas rusos, postrados por el escepticismo y atontados por la pedantería, propensos a los discursos de arrepentimiento y que se cansan rápidamente de la revolución y sueñan, como si fuese una fiesta, con el entierro de la revolución para sustituirla por la prosa constitucional. Deberían aprender del jefe y teórico de los proletarios a tener fe en la revolución, a saber llamar a la clase obrera a defender hasta el fin sus tareas revolucionarias inmediatas, a mantener firme el espíritu, sin llegar a los lloriqueos pusilánimes ante los reveses temporales de la revolución”.

(Prefacio de la traducción rusa de las cartas de Marx a L. Kugelman, en *Marx-Engels-Marxismo*, ELE, Beijing, 1980, p. 217-218).

El libro “Dos tácticas de la socialdemocracia” de Lenin es la contribución más importante a la elaboración de una estrategia revolucionaria. De este libro emana un gran optimismo revolucionario, basado en la aplicación concreta del materialismo histórico.

En 1905, cuando el libro fue escrito, el zarismo despótico y cruel parecía todavía invencible. El movimiento obrero comunista estaba aún muy débil y desunido. Lenin hizo un análisis concreto de la posición económica y política de todas las clases. Elaboró una estrategia para la destrucción radical del zarismo y formuló las tareas de los obreros y los campesinos. Los reformistas consideraban que este plan era irrealista. Pero la estrategia de Lenin dio a los revolucionarios una visión a largo plazo; su fe en la victoria final recibió una base política sólida que les permitió mantener la cabeza fría, permanecer optimistas incluso entre las mayores dificultades.

Lenin "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", (ELE, Beijing, 1976):

"Como representantes de la clase revolucionaria de vanguardia, de la única clase revolucionaria sin reservas, sin dudas, sin volver la vista atrás, debemos plantear ante todo el pueblo, del modo más amplio, más audaz y con la mayor iniciativa posible, las tareas de la revolución democrática". (p. 120).

"Hasta qué punto es probable esta victoria, es ya otra cuestión. No somos en modo alguno propensos al optimismo irrazonable a este propósito; no olvidamos, ni mucho menos, las enormes dificultades de esta tarea, pero, al ir a la lucha, debemos desear la victoria y saber indicar el verdadero camino que conduce a ella. Las tendencias capaces de conducir a esta victoria existen indiscutiblemente. Es verdad que nuestra influencia, la de los socialdemócratas, sobre la masa del proletariado, es aún insuficiente en sumo grado; el flujo revolucionario sobre la masa campesina es muy insignificante; la dispersión, la falta de desarrollo, la ignorancia del proletariado y sobre todo de los campesinos, son aún terriblemente grandes. Pero la revolución cohesiona con rapidez e instruye con rapidez. Cada paso en el desarrollo de la misma despierta a la masa y la atrae con una fuerza irresistible precisamente hacia el programa revolucionario, como el único que expresa de un modo consecuente y completo sus verdaderos intereses, sus intereses vitales". (p. 49).

"Pero la dificultad no es imposibilidad de realización. Lo que importa es estar seguros de haber elegido el buen camino, y esta seguridad centuplica la energía revolucionaria y el entusiasmo revolucionario, que son capaces de realizar milagros". (p. 108).

2.2. La evaluación materialista y dialéctica de la correlación de fuerzas

Sólo se puede mantener un optimismo revolucionario fundamentado cuando se aprende a hacer un balance materialista y dialéctico de la situación, sobre todo en los momentos de dificultad, de retroceso o de fracaso.

2.2.1 Respecto a esto, el análisis de Lenin sobre la sangrienta represión de la rebelión obrera por parte del Zar en octubre de 1905, es ejemplar:

“Las tropas zaristas han conseguido la victoria sobre los obreros en Moscú. Pero esa victoria no ha consumido la fuerza de los vencidos, sino que los ha aglutinado más estrechamente, ha encendido más aún su odio, los ha acercado a las tareas prácticas de una lucha importante. Esa victoria es de las que no pueden menos que provocar vacilaciones en las filas de los vencedores (...). Pues en esta guerra de guerrillas prolongada los proletarios aprenderán a combatir, mientras que las tropas se verán inevitablemente envueltas en la vida política, y el llamamiento de esa vida, el clarín de combate de la joven Rusia se oye hasta los cuarteles herméticamente cerrados y despierta a los más ignorantes, a los más atrasados y a los atemorizados. Un estallido de la insurrección ha sido una vez más sofocado. Una vez más ¡viva la insurrección!

(“Días sangrientos en Moscú”. Obras Completas, t. XI, p. 330–331).

2.3. Tener una visión realista del desarrollo de la revolución

A comienzos de la resistencia antifascista, el Partido Comunista de Yugoslavia contaba con 8 000 miembros.

Durante una lucha muy dura, el Partido supo construir un ejército popular que contaba con 800 000 soldados en 1945.

2.3.1 Innumerables militantes de Partidos Comunistas de Europa Occidental han consagrado toda su vida a la causa de la revolución sin haber visto el triunfo de su país. Pero cuán grande ha sido su contribución y la de sus partidos a la victoria del socialismo en China y en los países del Este después de la guerra. Cuán grande ha sido su contribución a la lucha contra el colonialismo, contra el imperialismo norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial.

Cuán decisiva ha sido su contribución y su lucha contra Hitler, Mussolini, Franco y Salazar. Marx y Engels no vieron en vida el triunfo de ninguna revolución proletaria, pero observaron varios fracasos (en 1848 y en 1871 el de la Comuna de París). Sin embargo, supieron conservar durante toda su vida la fe científicamente fundada en la victoria del proletariado. Y su trabajo y su obra hicieron posible la victoria del socialismo en Rusia en 1917 y en China en 1949.

Cien años después de la muerte de Marx, la cuarta parte de la humanidad construye el socialismo bajo la bandera del marxismo-leninismo, del pensamiento de Mao Zedong; y las ideas revolucionarias de Marx han conquistado el corazón de millones de revolucionarios que, por todo el mundo, luchan contra la explotación y la opresión.

2.4. Combatir el pesimismo burgués y pequeñoburgués

2.4.1 La lucidez y el optimismo revolucionarios se oponen a la moda pequeñoburguesa hecha de constantes oscilaciones entre el radicalismo izquierdista y el derrotismo siguiendo las menores variaciones de las relaciones de fuerzas en la lucha de clases.

2.4.2 En los días precedentes a la Revolución de Octubre, los reformistas no creían posible una toma del poder por parte de la clase obrera; su pesimismo se expresaba mediante las siguientes tesis políticas:

- “1. El proletariado ‘está aislado de las demás clases del país’.
2. El proletariado ‘está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia’.
3. ‘No conseguirá adueñarse técnicamente del aparato del Estado’.
4. ‘No podrá poner en marcha’ este aparato.
5. ‘La situación es complicada en extremo’.
6. El proletariado ‘no será capaz de hacer frente al embate de todas las fuerzas enemigas, que barrerá la dictadura del proletariado y, con ella, toda la revolución’.”

Lenin refutó detalladamente, punto por punto, estas tesis políticas, para indicar finalmente su fundamento ideológico:

[Expresan] “su desconcierto y su temor a la burguesía mediante el pesimismo respecto a los obreros y el optimismo acerca de la burguesía” [Uno] “se pregunta ¿que diferencia hay entre este ‘pesimismo’, originalmente dirigido, y la desertión política al campo de la burguesía?” (“¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?” y “Carta a los camaradas”, en “Entre dos revoluciones”, Progreso, Moscú, p. 476-499)

2.4.3 En el periodo actual, marcado por la ofensiva del capital contra la clase obrera y los repetidos retrocesos de las organizaciones tradicionales del movimiento obrero en Europa Occidental, los comunistas deben combatir el

pesimismo pequeñoburgués que ha conquistado a numerosos progresistas. Esta es la perspectiva que ofrece la contrarrevolución a los pequeñoburgueses: pesimismo, cobardía.

2.4.4 La guerra psicológica contra el comunismo está, desde hace decenas de años, en manos de especialistas que trabajan “científicamente”.

2.5. Sostener la moral del pueblo

La actividad comunista debe estar basada en la confianza en las masas y en el Partido. Nuestra tarea está en poner al frente las consignas de ofensiva y trabajar con entusiasmo en su realización. Debemos, pues, ir al combate contra las dudas y vacilaciones de los reformistas.

Adoptar una posición de clase implica tener confianza en el Partido y en las masas. Solamente sobre esta base podremos cumplir el trabajo difícil en una organización clandestina y ganar esta lucha clandestina. Sostener la moral del pueblo constituye una tarea esencial del Partido revolucionario.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA MORAL COMUNISTA

1. AMAR EL TRABAJO Y LAS CIENCIAS

1.1. Al elaborar la concepción del materialismo histórico, Marx y Engels destacaron la importancia del desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, de los instrumentos de trabajo, de las técnicas de producción, de la ciencia y del dominio por los hombres de la técnica y la ciencia.

Marx y Engels tuvieron que luchar contra diferentes tendencias que, reclamándose socialistas, se basaban, sin embargo, en ideas reaccionarias.

Engels decía:

“Para Proudhon, por el contrario, toda la revolución industrial de los últimos cien años, el vapor, la producción fabril, que reemplaza el trabajo manual por las máquinas y multiplica por mil la productividad del trabajo, representan un acontecimiento sumamente desagradable, algo que en verdad no hubiera debido producirse.”

(“Contribución al problema de la vivienda”, en Obras Escogidas, Progreso, Moscú, t. II, p. 331)

La burguesía desempeñó un papel histórico: ha desarrollado de manera extraordinaria las ciencias, la técnica, las máquinas, la productividad del trabajo. Esto hace materialmente posible la llegada de una sociedad socialista en la que el trabajo será realmente humano y donde el trabajo y el desarrollo cultural se apoyarán mutuamente.

“En cuanto la fuerza productiva del trabajo humano ha alcanzado este nivel, desaparece todo pretexto para justificar la existencia de una clase dominante. La razón última invocada para defender las diferencias de clase ha sido siempre que hacía falta una clase que no se extenuara en la producción de su subsistencia diaria, a fin de tener tiempo para preocuparse del trabajo intelectual de la sociedad. A esta fábula, que ha encontrado hasta ahora una gran justificación histórica, la revolución industrial de los últimos años le ha cortado las raíces”.

“El mantenimiento de una clase dominante es cada día más un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas industriales, así como de la ciencia, del arte y, en particular, de las formas elevadas de trato social. Jamás ha habido mayores palurdos que nuestros

burgueses modernos". (Engels: Ob.Cit., p. 331)

La importancia que Marx y Engels dan al valor "trabajo" se expresa claramente en su concepción de la sociedad comunista.

El trabajo será "la primera necesidad vital" y cada trabajador tendrá un alto nivel intelectual y cultural.

"En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y, con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva; sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!" (Marx, "Crítica del Programa de Gotha", ELE, Beijing, 1979, p. 191)

1.2. Marx y Engels se interesaron mucho por todos los descubrimientos científicos de su tiempo. Dedicaron grandes esfuerzos a asimilar las adquisiciones más importantes en los distintos dominios científicos.

Un ejemplo entre otros: Engels escribió a Marx el 14 de julio de 1858:

"Estoy estudiando ahora algo de fisiología y la combinaré con anatomía comparada. Lo cierto es que la fisiología comparada le inspira a uno un desprecio enorme por la exaltación idealista del hombre sobre los demás animales... a cada paso uno se topa con la más

completa uniformidad estructural con el resto de los mamíferos, y en sus aspectos principales, esta uniformidad se extiende a todos los vertebrados, e incluso, -menos claramente- a los insectos, crustáceos, lombrices, etc. El asunto hegeliano del salto cualitativo en la serie cuantitativa se presenta aquí también con mucha belleza". ("Correspondencia", Ediciones de Cultura Popular, México, 1977, p. 152-153)

1.3. En la sociedad actual y gracias al desarrollo de las ciencias y la técnica, la productividad del trabajo se ha vuelto considerable y puede crear innumerables riquezas en gran cantidad.

Por otra parte, en la sociedad imperialista este trabajo se realiza en condiciones de explotación y opresión, concebido, organizado y dirigido en función del provecho del capitalista; este trabajo se sitúa en una sociedad donde la corrupción, la sed de dinero y la inmoralidad marcan la tónica.

En la sociedad actual, las ciencias se revolucionan continuamente; se suceden los descubrimientos que modifican una parte de la vida de los hombres, descubrimientos que abren posibilidades increíbles tanto en el dominio de la producción material como en el de la comunicación, la educación y la cultura.

Por otra parte, en la sociedad imperialista, el trabajo científico se desarrolla bajo la dirección de los representantes de la clase explotadora y está orientado y dirigido en función de los intereses egoístas de los monopolios; gran parte de los científicos son comprados y corrompidos por la clase capitalista, aceptan los valores de esta última y están dispuestos a poner sus conocimientos al servicio de la explotación de las masas

trabajadoras en todo el mundo.

El marxismo distingue claramente, por un lado, el trabajo que crea la riqueza y las ciencias que revolucionan las técnicas y los hombres; y, por el otro, las relaciones sociales de explotación las que este trabajo y esta ciencia se sitúan, relaciones sociales que en determinada medida inciden a su vez sobre la naturaleza del trabajo y de las ciencias.

Un comunista debe tener una actitud seria y responsable de cara al trabajo. Un obrero ganará la confianza de sus camaradas si sabe defenderlos contra los capitalistas y si hace correctamente su trabajo. Si trabaja mal, los demás obreros considerarán que sus discursos políticos sólo sirven para camuflar tendencias al parasitismo, a la pereza y a la negligencia.

Siempre ha existido elementos desplazados de la clase dominante y lumpen que rechazan el trabajo en tanto actividad productiva de riquezas sociales. Estos elementos pueden vivir un tiempo como parásitos de la sociedad capitalista. Pero nunca sabrán ser un factor constructivo en la batalla por otro tipo de sociedad. Entre ellos ha encontrado la policía en todos los tiempos un gran número de personas que cobran, “no para trabajar sino para espiar”.

Un comunista debe desarrollar también sus capacidades en el dominio de las ciencias y las técnicas. Es tan necesario para saber construir más tarde la sociedad socialista, como para preparar la llegada de esa sociedad. Es imposible conducir a la victoria una lucha revolucionaria sin apropiarse de los conocimientos científicos y técnicos de los que el enemigo de clase se ha adueñado. Un aspecto importante de la moral revolucionaria es tener una actitud científica hacia el mundo que nos rodea. Si la policía permite y fomenta a veces el consumo de drogas entre los jóvenes, es entre otras cosas para alejarlos de una crítica científica de nuestra sociedad y hundirlos en el individualismo y el

misticismo. Con este mismo objetivo, la extrema derecha y los servicios secretos han fomentado y fomentan el desarrollo de diversas sectas en numerosos países.

2. PONERSE ENTERAMENTE AL SERVICIO DE LA CLASE OBRERA Y DE LA REVOLUCIÓN

2.1. Apoyar al pueblo y a la revolución con todo el corazón

2.1.1 ¿A quién servir? Toda moral es una moral de clase. La moral comunista se basa en los intereses de la clase obrera y los trabajadores.

Es una elección fundamental ¿Para qué clase se trabaja? ¿Qué lado se escoge?

Los comunistas fundamentan sus valores morales a partir de esta elección. Mao decía sobre este tema:

“Servir de todo corazón al pueblo, sin apartarnos de las masas ni por un instante; no guiarnos en cada caso por los intereses de ningún individuo o pequeño grupo; identificar nuestra responsabilidad ante el pueblo con nuestra responsabilidad ante los organismos dirigentes del Partido: tal es nuestro punto de partida.” (“Sobre el Gobierno de Coalición”, Obras Escogidas, t. II, p. 274)

2.1.2 Rechazar el individualismo

Ho Chi Minh critica el individualismo al que considera el polo opuesto de la moral revolucionaria. Lo describe como sigue:

“El individualismo es algo pérfido y maligno; conduce insidiosamente al hombre por una pendiente fatal. Bien se sabe que descender una pendiente es más fácil que remontarla. El individualismo es lo más peligroso.” (“De la moralité révolutionnaire”, p. 201)

Marx había elegido trabajar para el mundo. Situaba el interés general de la humanidad por encima de sus intereses personales. Este era un aspecto de sus posiciones fundamentales. Para él, todas las dificultades inevitablemente ligadas a una vida revolucionaria eran despreciables comparadas con la miseria del pueblo y de la humanidad.

Marx escribió, el 15 de abril de 1867, una carta a su amigo, el ingeniero de minas S. Mayer. Le explicaba por qué había tardado tanto tiempo en contestarle:

“¿Qué por qué nunca le contesté? Porque estuve rondando constantemente el borde de la tumba. Por eso tenía que emplear todo momento en que era capaz de trabajar para poder terminar el trabajo al cual he sacrificado mi salud, mi felicidad en la vida y mi familia. Espero que esta explicación no requiera más detalles. Me río de los llamados hombres “prácticos” y de su sabiduría. Si uno resolviera ser un buey, podría, desde luego, dar las espaldas a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado realmente impráctico si no hubiese terminado por completo mi libro, por lo menos en borrador.” (“Correspondencia”, p. 284)

2.2. El internacionalismo proletario

Norman Bethune dejó el Canadá, su país natal, para ir a ayudar al pueblo español en su lucha contra Franco. Después partió hacia China para ayudar al pueblo chino en su lucha contra los japoneses. Muere. En una carta de despedida a su ex-esposa, Norman Bethune escribe:

“Cuando te vi en Montreal antes de mi salida para Vancouver, intenté explicarte por qué iba a China. No sé si lo he conseguido... El hecho de haber estado en

España no me da más derecho que a cualquiera para quedar al margen, tranquilamente. España es una cicatriz en mi corazón. ¿Comprendes? Una cicatriz que no se curará jamás. El dolor no me abandonará nunca, recordándome las cosas que he visto. Me niego a vivir en un mundo que engendra la corrupción y el crimen, sin mover el dedo pequeño. Me niego a aprobar, por inacción o por descuido, lo que los hombres codiciosos hacen contra otros... España y China son batallas de una misma guerra. Voy a China porque allí la necesidad es más grande y soy más útil.” (Ibid., p. 162)

En su artículo “En memoria de Norman Bethune”, Mao indica:

“¿Qué espíritu impulsa a un extranjero a entregarse sin ningún móvil personal a la causa de la liberación del pueblo chino como a la suya propia? El espíritu del internacionalismo, el espíritu del comunismo, que todos los comunistas chinos debemos asimilar. El leninismo enseña que la revolución mundial sólo puede triunfar si el proletariado de los países capitalistas apoya la lucha liberadora de los pueblos coloniales y semicoloniales, y si el proletariado de las colonias y semicolonias apoya la lucha liberadora del proletariado de los países capitalistas. El camarada Bethune puso en práctica esta línea leninista.” (“Obras Escogidas”, t. II, p. 349)

2.3. El heroísmo revolucionario. El espíritu de autosacrificio

2.3.1 Un revolucionario debe prepararse para duras pruebas

Ho Chi Minh dice:

“El que posee la moral revolucionaria no tiene miedo, no

se deja intimidar y no retrocede ante las dificultades, las pruebas y los fracasos. No vacila en sacrificar todo interés personal por el interés del Partido, de la humanidad. Sacrifica sin queja su vida, si es necesario. Esta es la manifestación más evidente, más noble de la moral revolucionaria." ("De la moralité révolutionnaire", p. 200)

Los comunistas deben adoptar una actitud firme con relación al terror y rechazar el espíritu de capitulación y de traición de los reformistas y revisionistas.

2.4. ¿Qué nos exige hoy la moral comunista?

A. Contra las posiciones izquierdistas

Rechazamos la posición siguiente:

"Comprometerse en la vía de la revolución significa desprenderse de toda 'seguridad personal'. Sabemos que inevitablemente nos veremos enfrentados a severas pruebas" despidos, clandestinidad, represión, torturas, ejecuciones... Saber y hablar hoy de 'seguridad' es el reconocimiento de una futura traición."

Esta posición niega que la moral comunista sólo se adquiere en el Partido mediante la formación ideológico-política y la participación en la lucha de clases.

El Partido exige hoy una actitud correcta frente a las fuerzas de represión durante las acciones de masas, las interpelaciones y los interrogatorios. El Partido exige también la vigilancia revolucionaria de sus miembros contra las infiltraciones y las provocaciones.

Hoy, el Partido exige serios esfuerzos financieros para garantizar su trabajo político en el seno de las masas.

El Partido exige hoy la ejecución seria y responsable de las

tareas que nos impone su propia construcción en las nuevas condiciones y en el curso de la lucha de clases.

El Partido exige hoy a sus miembros que realicen regularmente actividades de propaganda, que tengan una actitud correcta con relación a las huelgas y despidos y que concreten correctamente las tareas del caso.

Debemos tener en cuenta el nivel de conciencia de cada militante. Algunas cosas no se comprenden o no se comprenden bien todavía. La discusión y la lucha permiten progresar, paso a paso, también en el plano de la moral comunista.

Además, esa posición que rechazamos confunde la actitud actual entre la lucha de clases y la que será necesaria más tarde, cuando se agudice la lucha de clases.

Esta posición no hace ninguna diferencia de responsabilidad entre antiguos y nuevos miembros, entre cuadros y militantes.

En tercer lugar, la postura de “desprenderse definitivamente de toda seguridad personal” no es una actitud comunista responsable, sino propia del lumpenproletariado.

El Partido debe cuidar sus cuadros y sus miembros, pero cuando la situación lo exige, cada cuadro y cada miembro deben someter su seguridad personal a los intereses del Partido.

B. Contra el oportunismo de derecha

El oportunismo de derecha rechaza la necesidad de hacer, desde hoy, esfuerzos con vistas a adquirir la moral comunista.

Esta actitud se refleja muy a menudo en la no aplicación

de las normas del Partido en materia de finanzas, en la actitud frente a las fuerzas de represión, en la no ejecución de las tareas previstas, en la búsqueda de una vida tranquila.

En caso de aumento de la lucha de clases se rehúsa a asumir más tareas, a ser más activo en caso de huelga.

Se subestima la formación en torno a la moral comunista: "Yo no leo 'La Joven Guardia' porque eso no me concierne. Es para más tarde.

Debemos adquirir la moral comunista hoy, en nuestra práctica concreta de militantes revolucionarios.

2.5. Una actitud de lucha activa

"Atreverse a luchar, atreverse a vencer", tal es la actitud que sostiene todos los actos de un comunista frente al enemigo de clase. Sólo una moral de hierro a la que nada puede mellar, nos permitirá vencer las dificultades inevitables, encontrar las soluciones necesarias y convertirnos en dueños de la situación.

Adoptar una actitud de lucha activa quiere decir: en una situación determinada, hay que buscar e impulsar activamente las formas de lucha que más desarrollan la conciencia revolucionaria y la lucha de clases. La contradicción principal puede variar de una situación a otra: a veces hay que llevar la lucha en el terreno de la teoría, del trabajo de persuasión para el programa revolucionario; pero en otras situaciones, esta lucha se lleva en el terreno de la organización, por ejemplo, para salvaguardar la organización clandestina y su trabajo de agitación. Y en otros casos se tratará de trabajar en huelgas, acciones de masas y revueltas.

2.6 Una clara conciencia de la contradicción

inconciliable entre los explotadores y los explotados

La estrategia y la táctica marxistas parten de la constatación de una contradicción inconciliable entre capital y trabajo. Entre imperialismo pueblos explotados. Estas contradicciones sólo pueden ser resueltas mediante la revolución popular armada.

En la lucha, nos vemos a veces obligados a llegar a un compromiso, a retroceder; a veces las formas de lucha legales están a la orden del día y no las confrontaciones abiertas. Pero esto no debe quebrantar la conciencia del carácter antagónico de la lucha.

Federico Engels escribió, el 18 de diciembre de 1869, a Gerson Trier:

“Por principio, usted rechaza toda posibilidad de recorrer una parte del camino, incluso momentáneamente, con otros partidos. Soy lo bastante revolucionario como para no admitir que se prohíba de manera absoluta este medio si, en determinadas circunstancias, esto es ventajoso o el cauce menos perjudicial. Pero estamos de acuerdo en el hecho de que el proletariado no puede conseguir el poder político sin una revolución violenta, única puerta hacia la nueva sociedad. Para que el día de la decisión el proletariado sea suficientemente fuerte para vencer –y esto lo hemos defendido Marx y yo desde 1847– es necesario crear un partido autónomo, separado de los otros y opuestos a todos ellos, un partido de la clase consciente. Esto no excluye, sin embargo, que dicho partido pueda utilizar momentáneamente para sus fines a los otros partidos (...)

Pero sólo soy partidario cuando es directa la ventaja para nosotros, o indudablemente para el desarrollo

histórico del país en la dirección de la revolución económica y política, es decir, que vale la pena a condición previa que el carácter proletario de clase del partido se vea afectado. Este es para mí el límite absoluto (...) Como revolucionario, todo medio me parece bueno para llegar al fin, el más violento, pero también el aparentemente más delicado. Tal política reclama una aguda visión de las cosas y un carácter firme, pero ¿puede haber otra política?”.

(Engels-Marx, “Le parti de la classe”, IV, Maspero, París, 1973, p. 117)

Los que quieren ocultar el carácter antagónico de la contradicción entre las clases explotadas, entre las naciones oprimidas y el imperialismo, los que predicán la conciliación y sueñan con un “arreglo” se encuentran rápidamente en la vía del reformismo, de la colaboración, de la traición.

2.7. Un elevado espíritu de responsabilidad personal

a. En todas las circunstancias, un miembro del Partido representa a éste ante las masas.

Con todos sus actos, con todas sus palabras, compromete al conjunto del Partido. Esto obliga al comunista a cultivar sin cesar su sentido de las responsabilidades, defendiendo resueltamente ante los trabajadores la política del Partido y teniendo una actitud de firmeza, de valor, de entusiasmo conforme a la moral revolucionaria.

“Las medidas políticas y las resoluciones del Partido se inspiran todas en el interés del pueblo. Así, la moral revolucionaria consiste, para el miembro del Partido, en actuar resueltamente de acuerdo a las medidas políticas y las resoluciones del Partido, en dar buen

ejemplo a las masas, cualquiera que sean las dificultades. Todos los miembros del Partido deben elevar su sentido de responsabilidad ante el pueblo, ante el Partido, ponerse en guardia contra el individualismo y combatirlo resueltamente.”

(Ho Chi Minh, “Essais”, p. 205)

b. Un comunista debe estar listo para aceptar y ejecutar las tareas más difíciles.

En todas las situaciones, un comunista debe asumir sus responsabilidades en la lucha de clases. Para responder a las necesidades de esta lucha debe aceptar, de manera disciplinada y con sentido de la iniciativa, todas las tareas que le fije el Partido.

3. PONERSE COMPLETAMENTE AL SERVICIO DEL PARTIDO

3.1. La elección de servir a la revolución se realiza por el compromiso con el Partido. Para adelantar la llegada de la sociedad nueva, la lucha revolucionaria debe ser dirigida y organizada por un Partido. Un Partido que, apoyándose en los principios y el método científico del marxismo-leninismo, armado del conocimiento de las leyes de la historia, sepa concentrar la sabiduría y las experiencias de vanguardia de la clase obrera y así definir una línea correcta para la lucha.

Un Partido que sea, al mismo tiempo, capaz de dirigir esta lucha en condiciones extremadamente difíciles y frente a un enemigo potentemente armado y organizado. Por eso, este Partido debe estar fuertemente organizado, centralizado, disciplinado.

Sin tal Partido un Partido de tipo leninista, no se podría llevar victoriosamente la lucha revolucionaria, ni llegar al socialismo y al comunismo.

Por eso, la principal y primera tarea de los comunistas es la de construir, reforzar y defender su Partido. La medida concreta de nuestro compromiso por el advenimiento del socialismo y el comunismo es la militancia consecuente en el Partido de la revolución.

Cada individuo decide libremente comprometerse con el partido, pero esta decisión es necesaria, inevitable, desde que se ha tomado conciencia de la necesidad de la lucha organizada y de la supremacía de la sabiduría colectiva sobre la sabiduría individual. Implica el rechazo de todo individualismo y la aceptación, decidida libremente, de una disciplina sin falla. Así, cada comunista se considera a sí mismo como un eslabón del Partido; un engranaje de una máquina, pero un engranaje consciente: consciente de la importancia de esta máquina y del papel que él mismo debe jugar en ella.

4. LA FIDELIDAD AL PARTIDO

4.1. La expresión de la fidelidad a la revolución

Rechazamos la siguiente posición:

“El Partido es sólo un instrumento, no un objetivo en sí mismo. Se debe tomar distancias con respecto a este instrumento. El día en que este instrumento no me convenga, lo abandonaré.”

El Partido es el único instrumento para realizar nuestros objetivos, el socialismo y el comunismo. Es el instrumento indispensable para conducir la revolución. No se puede alcanzar este objetivo sin pasar necesariamente por este instrumento.

Esta posición de que “El Partido es sólo un instrumento” expresa a menudo el individualismo burgués y pequeñoburgués. Se concede preferencia a los propios

puntos de vista personales sobre la sabiduría colectiva del Partido y de sus miembros.

A menudo esta posición significa que sólo se está dispuesto para un compromiso condicional: un pie en el Partido y un pie fuera de él.

Un comunista debe formarse para consagrar un compromiso total con la revolución y el Partido. Un comunista consagra enteramente su vida a la revolución y al Partido porque es consciente de que no existe otra vía hacia la liberación de las clases trabajadoras. Este compromiso total se expresa también en la seriedad con la que un comunista analiza y corrige los errores en el trabajo del Partido y para la revolución.

La actitud fundamental de un comunista hacia su Partido es una actitud de confianza.

Pero ¿no es ésta una actitud de sumisión ciega de un individuo a una organización? Por el contrario, la confianza de los comunistas hacia su Partido se deriva de su alta conciencia política: saben que esta confianza está fundada objetivamente.

Fundada primero en su acuerdo fundamental con los objetivos y el programa del Partido. Cada militante sabe que su Partido no tiene otro objetivo que el de trabajar por la revolución y el socialismo; sabe también que este Partido se funda en los principios científicos del marxismo-leninismo. Son los mismos objetivos que el militante se ha fijado para sí mismo de los que ha hecho el ideal de su vida.

Esta confianza está fundada también en los principios organizativos del Partido y en el reconocimiento de la supremacía de la sabiduría colectiva sobre la sabiduría individual. Estos principios, que resumimos con el nombre de "centralismo democrático", garantizan que el Partido

centralice todas las ideas justas que existen entre los militantes y en la vanguardia de la clase obrera, para permitirle desarrollar la línea más correcta posible. Para terminar, la crítica y la autocrítica son armas que garantizan que este Partido sabrá siempre revocar una decisión incorrecta, criticarla y rectificarla.

Todo esto implica que cada militante tiene una responsabilidad en la elaboración de la línea de su Partido.

4.2. Fidelidad al Partido en los momentos difíciles, de fracaso, de rechazo

Los comunistas son fundamentalmente optimistas porque están firmemente persuadidos de que su causa triunfará. Sin embargo, los comunistas saben que la lucha está hecha de flujos y reflujos. No llegaremos a la meta sin haber tenido que pasar por innumerables dificultades, ni sin haber experimentado fracasos. Es estos momentos difíciles, más que nunca, conviene adoptar una actitud materialista y dialéctica. Rechazamos las posiciones pesimistas que consideran las dificultades como insalvables, los fracasos como ineluctables y definitivos.

La actitud fatalista conduce a rebuscar todos los hechos, todos los detalles que parecen confirmar la idea de que la burguesía superará sus problemas y seguirá reinando, que el proletariado nunca será capaz de derribar a los explotadores.

Frente a las dificultades, los comunistas deben adoptar la siguiente actitud de principios:

Primeramente, es importante no dejarse llevar por el pesimismo. Cualquiera que sean los reveses que podamos experimentar, sabemos que, bajo la dirección del Partido y con la ayuda de las masas trabajadoras, las dificultades y los fracasos pueden ser superados y que, a

pesar de ellos, aportamos una contribución muy útil, necesaria al camino hacia el comunismo.

A continuación, es importante estar perfectamente conscientes de estas dificultades. Conviene hacer un análisis materialista y dialéctico que permita comprender los límites objetivos en que el movimiento revolucionario se puede desarrollar; qué objetivos son realizables, y a qué precio, y cuáles no lo son.

Por fin, debemos hacer un balance permanente de nuestra actividad: ¿Hemos actuado de la manera más ventajosa para la revolución? ¿Para el Partido? ¿Qué otra actitud, qué decisiones deberíamos haber adoptado? Así es como se puede rectificar el trabajo y adoptar la línea de conducta más eficaz, la más justa posible en las condiciones dadas.

4.3. Fidelidad al Partido, incluso, aunque la dirección cometa errores

Reconocer la supremacía de la sabiduría colectiva sobre la sabiduría individual es reconocer que el raciocinio de un individuo ofrece menos garantías de ser correcto que el razonamiento y el saber colectivo de todo el Partido. Pero esto no significa que un comunista no pueda estar en desacuerdo con una decisión del Partido; que no pueda tener razón y el Partido estar equivocado. ¿Cuál debe ser la actitud d un militante cuando considera que su Partido está equivocado? En tal caso, su actitud se derivará directamente de su adhesión al Partido y a la unidad de éste.

Un comunista sabe que, para ser capaz de afrontar las tareas revolucionarias que le esperan, el Partido necesita la mayor unidad posible. Sin ella, la línea, por más correcta que sea, no tiene sentido.

Pues bien, cuando un comunista cree que su Partido comete un error (real o supuesto), tendrá que ocuparse primero, a pesar de su desacuerdo, en estudiar y asimilar la decisión del Partido, y después aplicarla y defenderla en los escalones inferiores y hacia el exterior. Haciendo esto, el comunista no hace más que ajustar su amor propio o la confianza en su propia sabiduría. Además, y esto es primordial, esta actitud es la única que permite una verificación en la práctica de las tesis contradictorias.

Naturalmente que el militante, cuando estima que el Partido comete un error, debe decirlo, defender su punto de vista; y lo hará al interior del Partido, en el nivel apropiado y respetando las reglas de la disciplina.

La propaganda de la burguesía se orienta a destruir la moral de los militantes, a instigar el pesimismo. La burguesía busca y difunde todas las informaciones que puedan dividir a los comunistas. Intenta localizar a los descontentos en el seno del Partido, y da amplia publicidad a las informaciones que puedan reforzar esta corriente. Intenta minar al Partido para debilitar su fuerza de combate y, quizás, provocar la salida de algunos militantes. La burguesía busca particularmente todo lo que pueda provocar un descontento de “la base” contra la dirección del Partido.

5. EL ORGULLO DEL PARTIDO

5.1. En los momentos más duros

En los momentos más duros de la lucha y de la represión, la moral de los comunistas se expresa en su orgullo del Partido.

5.2. Apoyamos nuestro orgullo de pertenecer al Partido en una base objetiva

Estamos orgullosos de pertenecer al movimiento revolucionario internacional; orgullosos de ser los continuadores de la historia del movimiento obrero, de su práctica; orgullosos de continuar, de desarrollar el movimiento marxista. Con nuestro Partido que es todavía pequeño, que no tiene mucha experiencia, hemos sabido establecer un programa político basado en una clara oposición marxista-leninista. Hemos sabido reunir en sus filas a muchos elementos conscientes, sacrificados, revolucionarios.

Estamos orgullosos de nuestra práctica porque, aunque nuestro Partido aún es débil, hacemos más por el progreso de la lucha de clases que otros partidos numéricamente fuertes.

Igualmente consideramos que este justo orgullo no debe hacernos caer en la soberbia y la suficiencia, sino empujarnos a trabajar cada día más y mejor.

El orgullo por el Partido debe mostrarse en la manera en que damos a conocer nuestro Partido a las masas, mediante la venta del periódico; debe expresarse en nuestros esfuerzos por ganar continuamente nuevas fuerzas para el Partido; en nuestra presencia en todos los lugares en que las masas se reúnen y luchan.

6. LOS INTERESES DEL PARTIDO Y LOS INTERESES PERSONALES

6.1. Colocar los intereses del Partido por encima de los intereses personales

“Nuestro trabajo representa los intereses de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador y no el interés de un grupo o de un individuo. Todo el mundo lo sabe.

La clase obrera no lucha únicamente por su propia

liberación sino también para liberar de la opresión y la explotación a la humanidad entera.

Los intereses de la clase obrera se identifican también con los del pueblo. El miembro del Partido es el que representa, en nombre de éste, los intereses de la clase obrera y del pueblo trabajador. Por eso, el interés del miembro del Partido debe integrarse en el interés del Partido y de la clase y no puede encontrarse fuera. El éxito y el triunfo del Partido y de la clase, son también los del militante. Separado del Partido y de la clase, el individuo no puede hacer nada bueno, cualquiera que sea su talento. La moralidad revolucionaria consiste para el miembro del Partido en situar en cualquier circunstancia el interés del partido por encima de todo. Cuando el interés del Partido está en contradicción con el interés personal, el segundo debe ser subordinado al primero.”

(Ho Chi Minh, “Ecrits”, p. 205-206)

6.2. Compromiso revolucionario y felicidad moral

Rechazamos la actitud pequeño-burguesa que parte del punto de vista de concentrarse en la búsqueda de la felicidad personal.

El punto de vista de un revolucionario es el de trabajar al máximo por la liberación de los trabajadores. Se sabe que esta tarea, esta elección lleva en sí misma la necesidad de dar preferencia a los intereses de la revolución sobre los intereses personales.

Echar a perder la salud en un trabajo pesado y malsano, ser despedido, ser detenido, dar la vida,... todo esto no es ciertamente una fuente de “felicidad y alegría”. En ese momento hay una contradicción entre los intereses de la

revolución y los intereses personales. Ser revolucionario significa optar en tal situación por los primeros.

El pequeño-burgués sostiene que un revolucionario nunca se encontrará ante esta elección. Niega el hecho de que pueda existir una contradicción de intereses. Considera que siempre se podrán conciliar los intereses personales con los objetivos.

Para hacer una elección correcta en estos momentos difíciles, un revolucionario tiene que adquirir la moral comunista.

Ideas del tipo “debo poder vivir como todo el mundo” son erróneas porque sobreentienden que se quiere vivir como la mayoría de los pequeños burgueses que colocan por encima de todo su felicidad y facilidades personales y abandonan su compromiso político cuando éstas son puestas en peligro.

La vida de un revolucionario difiere de la de un hombre medio porque asumimos voluntariamente la tarea de preparar y dirigir la revolución a partir de un punto de vista y un compromiso políticos. Esto es necesario para liberar a la mayoría de la humanidad de la miseria y la explotación y asegurarles el bienestar permanente y la felicidad.

Por otra parte, un hombre sólo puede ser feliz y equilibrado si puede dar un significado a su vida, si puede trabajar y luchar por un objetivo que valga la pena. Esta felicidad es más grande cuando el objetivo por el que se lucha es correcto social y políticamente, cuando cada día se puede constatar, en los hechos, que el trabajo efectuado es en interés de la humanidad entera, en la línea del desarrollo de la historia.

Por eso, un militante revolucionario lleva una vida que no solamente tiene un sentido en los planos político, social y

ético, sino que también en el plano personal es alegre y feliz.

Se realiza como persona poniéndose al servicio de la colectividad, del progreso de los trabajadores del propio país y del mundo entero. Este es un objetivo de vida particularmente estimulante y enriquecedor.

Nuestro trabajo exige una formación permanente, esfuerzos suplementarios y sacrificios. Simultáneamente, nuestro compromiso revolucionario es una fuente de felicidad y alegría personal. Da un sentido a la vida. Esta actividad permite tener numerosas experiencias positivas que ayudan a mantener nuestro compromiso revolucionario.

Se hace un trabajo que responde a las necesidades fundamentales de las masas, en el que las personas sienten cada día más la justeza y el buen fundamento del mismo. Esto suscita mucho respeto político y humano, amistad y simpatía.

Gracias a la fuerza de nuestra organización, nuestra actividad es más útil. El estudio y la lucha ideológica en el Partido nos dan una visión política que permite comprender mejor los acontecimientos nacionales e internacionales.

Se adquiere un método de pensar y juzgar (el materialismo dialéctico) que puede ayudar también a equilibrarse a nivel personal, gracias al cual se puede igualmente resolver los problemas personales.

Se trabaja en medio de personas de vanguardia serias y motivadas que conscientemente rechazan y combaten fundamentalmente las ambiciones burguesas (ganar dinero).

Un viejo minero escribió en una carta:

“Estoy unido a mis camaradas por la misma certeza, el

mismo sufrimiento, el mismo entusiasmo... Ser comunista es desarrollarse como hombre. Debo todo a mi Partido, mi visión del mundo y su riqueza, mi conocimiento y mi cultura, el orgullo de caminar con los mejores, la satisfacción de luchar por el ideal más grande que existe, la fe en el hombre, no el hombre con gran H sino el hombre de mi clase."

Y añadió:

"Se es comunista con la cabeza, pero también con el corazón... Uno se siente bien en la familia comunista."

7. LA FRATERNIDAD DE LOS COMUNISTAS

"Si el hombre es formado por las circunstancias, será necesario formar las circunstancias humanamente.. [hay que] dar a cada cual el margen social necesario para exteriorizar de un modo esencial su vida."

(Marx-Engels, "La Sagrada Familia", p. 197)

Estas palabras de Marx resumen el humanismo socialista. Ahí donde el humanismo burgués habla del hombre en general, el humanismo socialista ve hombres concretos que pertenecen a clases diferentes.

Por eso la fraternidad que enseña el humanismo socialista implica el odio y la lucha contra los explotadores, así como una confianza absoluta en la capacidad de los "condenados de la tierra" para construir su futuro.

Toda la lucha de los comunistas tiende al triunfo de este humanismo nuevo mediante la instauración de una sociedad en la que los trabajadores habrán roto sus cadenas, habrán destruido las causas de su alienación, de su mutilación, y crearán con sus manos las condiciones para el pleno desarrollo de cada individuo.

La fraternidad que une a los comunistas hunde sus raíces profundas en la fuerza de la colectividad, en la solidaridad de combate que los funde con las masas de su país y del mundo. Los comunistas oponen a la mezquina ambición del pequeño burgués individualista, la alegría y el orgullo que experimentan por cada éxito logrado por sus camaradas y sienten como suya cada derrota, cada sufrimiento de sus hermanos de lucha.

Es así como la fraternidad modela el sentido de responsabilidad que habita en cada comunista, su conciencia de clase.

También resulta que un comunista sabe que nunca está sólo, bajo ninguna circunstancia, y esta certidumbre le refuerza en su combate de cualquier naturaleza que sea: cotidiano o correspondiente a los momentos cruciales de la lucha.

La fraternidad de los comunistas encuentra su quintaesencia en los lazos que los unen en el seno de su Partido.

En el Partido se tejen entre los militantes verdaderos lazos de camaradería, donde son expurgados a través de la lucha el interés egoísta, y la sensiblería pequeño burguesa, la hipocresía.

La fraternidad que une a los comunistas entre sí está hecha igualmente por su cohesión, en el seno del Partido, frente a los ataques del enemigo de clase.

La burguesía no perdona en ningún momento a los que se levantan contra sus intereses y privilegios. En esta lucha sin piedad, el blanco principal de la burguesía es el Partido, condición de la revolución y el socialismo, vanguardia de la clase obrera.

La fraternidad de los comunistas es una de las armas que

les permite hacer bloque, en todas las circunstancias, frente a los ataques del enemigo de clase.

Dos elementos fundamentales cimientan los verdaderos lazos de camaradería que dan temple al espíritu de fraternidad, que rigen las relaciones individuales en el seno del Partido: su ideal común, que permitirá “derribar todas las condiciones sociales en que el hombre es un ser rebajado, esclavizado, abandonado, despreciable” (Marx) y su vinculación al Partido, organizador de la emancipación de las masas.





PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ
patria roja

 @partidocomunistadelperu.patriaroja

 @patriaroja

 Patria Roja TV

 @patriaroja